

HEBE FOUSSATS

EL CANTO DE

LAS SOMBRAS

1917

memoria de sus

se-alumnas:

Angela Blom y Hele

a la señora Rosalinda F. de Oses

Julio 31-1920

8

HEBE FOUSSATS

El canto de las sombras



BUENOS AIRES

Imp. O. Cappellano. — San Juan 2363

1917

Es propiedad de la autora



A mis padres

.

EL LIBRO

I

Este es el libro, hermanos. Tiene en sus blancas hojas angustias de Lelian, suspiros de Chopín y tormentos de Poe; nació con las congojas, al sentir las estrellas golpear en mi sién.

Este es el libro místico ritmado entre cipreses, el libro de los buhos y el libro del dolor; sus alas son cadáveres de eternas palideces, sus hojas neurasténicas tienen sólo un color.

“El canto de las Sombras” lo llamaron las brujas, clavó en él, fantasmática, la Muerte sus agujas, los murciélagos tristes libaron su elixir;

las cruces lo adornaron con sus negros misterios, y hasta las catacumbas y hasta los cementerios grabaron en sus páginas la canción del sufrir.

II

Este es el libro, hermanos: los de triste sonrisa tomadlo en el Silencio, leedlo en la Soledad y quemadlo después... Es mejor la ceniza que el esqueleto móvil... ¡viva en la Eternidad!

Si no sabéis llorar no abráis nunca este libro: dejadlo, que las Sombras lo vengan a cubrir; en él mis sueños flotan y con él toda vibro: ¡soy un ciprés que el viento ha vuelto a sacudir!

Enfermos de elegías y enfermos de vagancias, tísicas noviecitas: aspirad sus fragancias, humedeced sus nieblas con un llanto de luz; y cuando el fuego helénico alumbre sus despojos, alzad, muertos, los párpados; cerrad, niños, los ojos, porque las Sombras ponen sobre el libro una cruz...

EL CANTO DE LAS SOMBRAS

... Y del velo de la Noche, sutilmente
disgregáronse las formas
de las razas intangibles
que poblaron de un volido las regiones más remotas.

Eran almas con sudarios,
que en la ruina de las horas
se agrupaban como manes de existencias derrumbadas
a leer bajo las lunas los papiros de sus momias.

Y yo sé lo que decían
al suspiro de las tiorbas ;
por que raudas cabalgaban aferradas a las crines
de Pegasos sin destinos, tras las torres incorpóreas,
esas musas del Silencio, que fustigan los espacios
con sus largas cabelleras de Amazonas ;
se difunden abrazadas, viven, crean
y al contacto de la lumbre se evaporan
como azules humaredas, en sus lúgubres orgías
de murciélagos y rosas.

Yo lo supe... y desde entonces,
en aquel sonambulismo de mis rondas,
me enfermé de neurastenia
con el canto de las Sombras.



CUANDO EL PASADO VUELVA

I

Será una noche pálida. Sintiendo
ansias de revivir la vida vieja,
me cruzaré las manos sobre el pecho
y bajaré al jardín por la alameda.

Habrá movido alguna amiga ilusa
la aldaba silenciosa de mi puerta,
bajo la azul llovizna de la luna,
y marcharé de nuevo a la quimera.

II

Me cubrirá un severo velo largo,
toda ceñida, cual difunta novia,
y cruzaré los lívidos peldaños
que abren la senda de la verde bóveda.

Buscaré los recuerdos adormidos
entre los olmos y las palmas solas,
si el eco vive del primer suspiro,
o como un ala el postrer beso flota.

III

Iré al miraje del Amor que canta,
aunque le fuera ya desconocida,
a presenciar la voluptuosa danza
de los rosales que el vergel cautiva.

Iré toda temblante, como un hada,
como una sombra, toda mustia y fría;
con un lirio en el pecho. Toda blanca,
para acercarme con color de ruina.

IV

...Y será en una noche en que mi alma
tenga otra vez arrobos de azucenas,
languidez de perfumes y de gasas,
inquietudes de citas y de esperas;

que sintiendo nostalgias de retorno
baje el jardín para quedarme muerta.
Amor, pasando, cerrará mis ojos
y un dedo astral deshebrará mis trenzas.

HAS VUELTO DE LA TUMBA A LA CITA DE AMOR

Anoche, con el viento gemebundo
te oí pasar sobre el jardín. Venías
a encontrarme en el mundo...
Un salmo de profundas elegías
a través de los mirtos te anunciaba,
y al correr la cortina, sigilosa,
reconocí, mientras sutil flotaba.
tu veste azul sobre el laurel de rosa.

Toda la fuente estaba poseída
de un indecible encanto.
Trasparentaba el agua, en su caída,
del surtidor, el continuado llanto...
Y entre el temblor del lacrimoso afluente,
en un momento por jamás creado,
abriendo un iris, deslumbró mi frente
la ascensión de tu espíritu lunado.

Después el viento sollozó más triste...
y en la tristura aquella,
del solo ventanal te recogiste
a mirarme soñar, desde una estrella.
Entonces tu silueta pensativa
flotó sobre el jardín mudo y tranquilo:
ceñido con la túnica votiva
oh! muerto, has vuelto a mí desde tu asilo.

LA GLORIETA

La glorieta duerme...
Ya pasó el idilio;
junto al lago terso
duerme como un nicho
de besos lejanos
y viejos suspiros...
Es la primer noche
que siente el olvido.

Un perfume suave
flota en sus racimos;
la oriental silueta
del banco ambarino
parece que tiene
temblores de frío...
El bosque es un canto,
la glorieta un nido.

Pero hoy en la sombra
de su ramerío
no hay palpitaciones
de blancos vestidos;
ni trenzas doradas
lunando el corpiño,
ni manos ceñidas,
ni labios unidos.

La glorieta duerme
junto al lago místico,
duerme en el recuerdo
del amor huído,
como si quisiera
morirse de hastío
con su banco solo,
con su cisne níveo.

¡Cuántas de estas tumbas
hay en los tranquilos
parques de los pueblos
y de los castillos!
¡Cuántos de estos templos
lloran su Cupido
en la noche arcana
que se ausenta el Niño!



AGONIA DE ALMA

Yo me sentí una hoja caída del plantío
cuando volví los ojos melancólicamente,
y sólo hallé en la intensa quietud de aquel vacío
el viento de la noche golpeándome la frente.

Como en los tallos yertos, sobre este cuerpo mío
lanzó el otoño crudo su ráfaga inclemente,
y comprendí en los largos temblores de aquel frío
que el mundo me arrastraba, marchita, en su corriente.

La consunción del tiempo transparentó mi vida;
secaron mis anhelos las sombras postrimeras,
y al derrumbarme mustia sobre el camino andado,

en esa cruda tísisis de la esperanza huída,
expectorando turbios despojos de quimeras,
tosió desde las ruinas el pecho del pasado.

ANGELA

De entre la bruma eterna de mi vida
donde muriendo un sentimiento vaga,
donde se agota un existir sombrío,
donde se va la juventud precaria,

de entre las horas lúgubres y frías
por donde errante mi destino pasa,
de entre la mustia tarde de mi olvido,
surgiendo como rosa iluminada.

bella, como los ángeles del cielo,
tierna, como el amor y la esperanza,
triste, como el crepúsculo y el viento,
sola, ¡como ella sola, solitaria!

Yo no sé por qué bien o desventura,
del Paraíso al Mundo consagrada;
flor en las ruinas que mi espectro habita,
astro en la noche de mi noche larga.

Por gracia del Supremo, en el camino
tengo una virgen de mi ser hermana;
un pensamiento en la materia unguido,
¡la encarnación sublime de una lágrima!

Y aunque a través de este calvario inmenso
me agobia el peso de miseria tanta,
porque no tiene aspiración alguna
ya, mi desierto corazón de estatua:

por oír de su voz el suave ritmo,
por beber de sus ojos la plegaria,
a siglos sobre siglos llevaría
por esta tierra mi azarosa marcha.

En las noches tranquilas, cuando lento
del viejo piano algún "nocturno" arranca,
y yo apoyo las sienes en las verjas
dando sosiego a mi tarea diaria,

al claro sollozante de la luna
que penetra, besando la ventana,
con su veste impalpable y vaporosa
en la penumbra, la imagino un hada.

Y pienso que sus dedos temblorosos
se duermen en las cuerdas de algún arpa,
cuando en la expiración de alguna nota
sobre las teclas lívidas, resbalan.

Yo quisiera saber dónde sus ojos
miran, cuando a lo etéreo se levantan:
que espíritu invisible la conversa,
que misteriosa evocación la llama.

Yo quisiera saber de sus tristezas,
de su divina ensoñación cuitada...
Pero no puedo penetrar su arcano;
¡Debe ser el secreto de una santa!

Ella vivió en la ausencia mi retiro,
lloró por mi dolor, cuando lloraba,
y fué la estrella que besó mi sombra
con el excelso amor de sus palabras.

Angel de mis ensueños fugitivos,
de mis ensueños en la hora helada
cuando suspira el corazón quejoso
y se corta la voz en la garganta;

cuando el soplo glacial de los recuerdos

la última gota del sollozo cuaja,
cuando rompe el presidio la congoja
y el acíbar desborda por la almohada;

cuando me aísló a revivir memorias
y busco del pasado los fantasmas,
cuando todas mis penas y venturas
en procesión por mi cabeza pasan:

tengo miedo al saberla tan sensible,
tan hermosa y tan buena al contemplarla,
que una noche en alguno de mis sueños
hienda en las nubes sus ebúrneas alas.

O que el dolor terreno la sorprenda
en esa ensoñación que la desmaya,
y su existencia leve se consuma
sobre el vergel, como una gota de agua.



ROSAS DEL INVIERNO

No has sentido nunca, benévolo anciano,
esa voz llorosa que viene de lejos,
esa brisa suave que clama en las noches
junto a la ventana del triste aposento?

Nunca has escuchado, en horas vacías,
por mudos caminos, como brama el viento?
Nunca te has hallado solo sobre el mundo,
y al hallarte solo te has sentido enfermo?

Nunca bajo el hielo de tu testa blanca
ha flotado el alma de un lejano sueño,
y aún en esa nieve que los años traen
murióse un ocaso de ardoroso fuego?

Nunca has meditado junto a los retratos
de los que eran tuyos y marchando fueron...
Unos, bajo el beso de nupcial mañana;
otros, en la noche de los cementerios.

Nunca te olvidaste de tu misma vida
para huir en busca de los años muertos;
y al volver los ojos a aquel mundo andado
te hallaste tan lejos que tuviste miedo!

Nunca has recordado? Esa es la elegía
que va por las ruinas modulando el tiempo;
la canción doliente de lo que ha pasado,
sobre las cenizas que guarda el recuerdo!

No llores, anciano... ¡Qué misión más santa
que morir amando, que llegar a viejo;
que guardar las flores de muchos veranos,
que sentir la nieve de muchos inviernos?...

AMOR AGRESTE

I

Ven, estrella de mis noches,
ven, sirena de mis playas;
yo te espero con un mundo
de venturas en el alma.
Ven al borde de la fuente.
mi gentil samaritana,
que yo quiero ver tu testa
retratada
en las aguas cristalinas,
como un lirio que meciera su corola hecha de nácar.
Ven, que quiero que tu cántaro
al volver de la fontana
se desborde con las gotas
de mis lágrimas;
y al beber en el camino
fatigada,
mi dolor calme la sed
de tu garganta.

II

Ven al bosque. Yo te espero
cuando cante su nostalgia
la paloma dolorida
que en las sombras se desmaya.
Cuando vuelvan los creyentes
al clamor de la campana,
y los vientos se recojan
en las ramas.
Cuando sientas que la brisa
tus cabellos enmaraña.
y ya fresca, casi fría
en tu seno no cubierto lanza triste su balada.

¡ Ven entonces a ese bosque,
yo te espero, mi gitana!

III

Ven al borde de la fuente,
que yo aguardo tu llegada.
Ven, estrella de mis noches,
a las frondas solitarias...
Yo te quiero dar un beso,
¡ sólo un beso en la garganta!
y quedarme con tu sombra
cuando aclare la mañana.

IV

Pero urgido por las cuitas
de mi alma,
oh! mi bella fugitiva,
yo he querido hallar tu asilo por el rastro de tu planta.
Pero el viento había barrido
las arenas de la playa...

V

Bueno; nunca iré en tu busca,
mi gentil samaritana.
Quedaré junto a la fuente
respirando los perfumes orientales de tu gracia;
e ignorando si es que vienes
de una estirpe de palmeras o de un nicho de Samaria,
con el oro de esas trenzas
que imagino procreadas por el sol y por las auras.

RESPONSO A UNA CABEZA RUBIA

La beata cabeza de los bucles dorados,
de las tristes pupilas y los labios rosados,
la silente cabeza del ensueño febril,
ayer tarde en un vaho de perfumes benditos
se durmió solitaria, prolongando los ritos
de una dulce oratoria, bajo el velo monjil.

Qué tranquila! Cual nunca los sagrados fanales
sus tesoros guardaron en los claustros mortales,
la miré, saturada de incensado vapor;
y pensé que allí cerca sobre augustos santuarios,
abadesas quejosas, de luctuosos vestuarios,
con la mirra quemaban el rosal de un amor.

Triste estrella celeste de "Plus ultra" venida:
no me extraña tu ascenso, si jamás esta vida
he mirado, intuitiva, cual tu digno sitio.
En tus ojos flotaba la inquietud de un anhelo...
Tus hermanos, los astros, te han llamado a su cielo,
y hay eclipses lunares mientras abro el misal.

La dorada cabeza de los párpados lirios,
ayer tarde dormía a la luz de los cirios
blanca, mustia, divina, con un beso en la cruz.
Principiad santas naves las salmodias de un coro,
y cantadle responsos a la testa de oro
que se fué evaporada en pavesas de luz.

IMPRESION DE TONOS

Topacio

Del fresco arroyo en el remanso limpio
agita un cisne las sedantes alas,
y haciendo alarde a sus destrezas, luego
váse bogando sobre flor de agua.

En la tibieza de aquel sol que muere
la tarde muda se ha tornado pálida,
y con sus ramos de rubí, purpúreo,
el quieto ceibo en la penumbra sangra.

Hay en la absorta creación un algo
que hace sentir más hondamente el alma.
que deja a tiempos la emoción suspensa
y obliga a veces a llorar sin causa.

Yo tengo penas y recuerdos viejos
que el crepúsculo lánguido agiganta,
por eso voy sobre el camino y lloro
sintiendo de la hora la nostalgia.

Amatista

Las aves, que parecen una cita
cumplir, en las magnolias aromadas,
con tiernas melodías, voluptuosas
se dicen sin reparos cuanto se aman.

Y el eco de sus trinos alargados
repite la alameda abovedada,
como si en cada arbusto del camino
un nido de pasión se fabricara.

Del záfiro-turquí del firmamento
las nubes, cual beatíficas zagalas,
huyendo a los abrazos vespertinos
remontan, impalpables, la distancia.

Y tras las celosías del plantío
que corre la penumbra de sus varas,
semeja el ancho curso del arroyo
un mónstruo que en la bruma se aletarga.

Záfiro

La sombra visitante está en camino;
se enferma la natura al divisarla,
y sus crespones, indistintos, visten
los cipreses, el monte y la comarca.

El cisne se ha esfumado en el paisaje,
también la fronda su murmurio acalla,
y todo deja de vivir la vida
cuando las nieblas a imperar avanzan.

Ya no lloro mis penas. Sobre el banco
dormida estoy y sueño. Tiernas arpas
cantando susurrantes mis amores
vibran suspensas de movibles ramas.

Y vivo el imposible con mi sueño;
mientras despierta por el mundo anda
la noche que enjugando su rocío,
está llorando como yo lloraba.

MURMULLOS DE MI OQUEDAL

Aclis trajo a la fronda sus doseles confusos,
por el largo camino Libitina cruzaba;
Eros, lúgubre, enfermo, sobre el césped dormía,
y a la lumbre de Venus, Flora y Céfiro hablaban.

En el fausto silencio, de la lira de Euterpe
los "nocturnos" brotaron con tristísimas arias.
Una ninfa acercóse a la playa desnuda
y Selene miróme desde un cielo de plata.

Yo volvía a la cita de recuerdos muy tristes
que dejó en ese bosque mi ventura pasada,
a mover las cenizas de ilusiones nacidas
cuando el Héspero escurre sus cortinas violáceas.

¡Oquedal solitario, tumba inmensa de un sueño
donde el tiempo ha enterrado la postrera esperanza!
Yo volvía... buscando un aliento a mis cuitas
o un Leteo siquiera, do olvidar en sus aguas;

cuando Céfiro leve murmuróme al oído,
dióme Flora en sus brazos las más tiernas fragancias,
y de espesas tinieblas Aclis hízome un lecho
en el seno callado de la selva velada.

Impalpable, sensible, la nostálgica Euterpe,
acercóse a mi templo, sollozando en el arpa;
y no sé qué dijeron sus dolientes acordes
al tocar en la noche la quietud de mi alma,

que del mudo letargo en que Eros yacía,
levantóse risueño al oír la plegaria,

y besando mis sienes que ceñía el rocío,
al edén me condujo sobre el tul de sus alas.

Desterrar lo pasado y querer nuevamente?
El amor, la ventura, otra vez el alcázar?...
En las húmedas sombras de aquel sueño despierto,
grita Eolo a lo lejos, Libitina me aguarda;

Flora tísica muere, el invierno la agobia,
gime Céfiro al verla sobre el mundo postrada,
y Cupido que es viejo, por el ancho camino
tráeme la primicia de un girón de mortaja.



URUGUAYA

Surge sensible de las claras linfas
tu talle esbelto, entre pomposo encaje,
como en un mundo de encantadas ninfas
Vénus surgiera al argentado oleaje.

Borda tu testa la glacial corriente,
y al levantarte en la espumosa ondeada
traer pareces en tu nívea frente
el íris regio de la perla hurtada.

Tienes caprichos de coral mimoso,
sueño de cisne, majestad de ondina
sobre tranquilas aguas al flotar;

Y un cierto impulso de delfín curioso,
cuando tu cuerpo en espiral se inclina
hacia el profundo corazón del mar.

LA ÚLTIMA VEZ...

Era una tarde de otoño, triste
cual otra nunca volvió después;
por el camino pasó su sombra
la última vez...

Ya no vagaba solo y enfermo
del sol lejano, bebiendo luz;
muchas personas lo acompañaban
con una cruz.

Ya no iba en busca del aire puro
que tanto ansiaba su juventud;
de él le privaba la negra caja
de un ataúd.

Y el eco errante de la campana
que como siempre llamó a oración,
mudos sus labios besó, escondidos
bajo el crespón.

Pasar le vieron, muchas mañanas,
las avejillas desde el moral
cuando su arrullo le dió la aurora
primaveral.

Él la miraba con honda pena
mientras marchaba con languidez...
¿Será esta tarde—siempre decía—
la última vez?

Y en la alameda, desde el profundo,
llegaba el eco de seca tos;
como el suspiro que de la Muerte
flotaba en pos.

La vez aquella besó las rosas
que se inclinaban para morir,

y de las hojas sintió en las ramas
largo gemir.

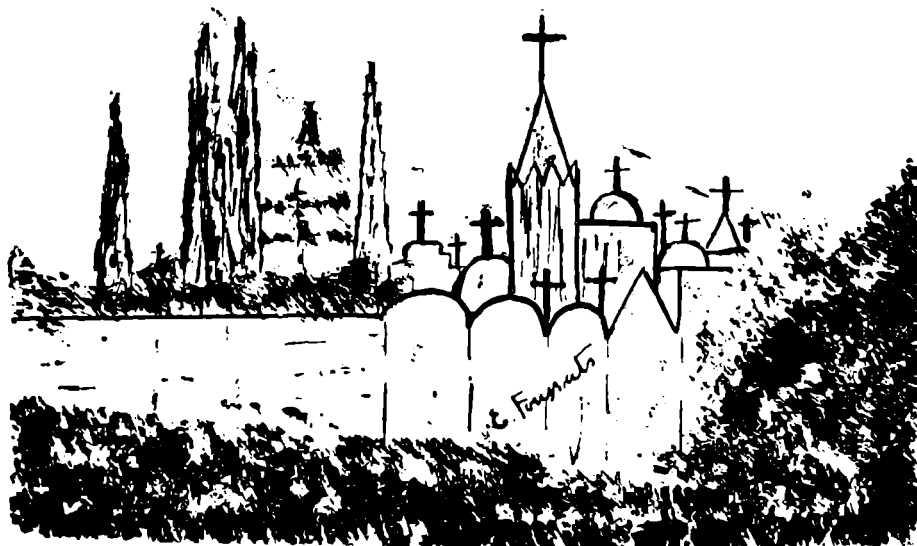
Oyó quejarse las codornices
en el refugio del platanar,
y vió que huían las golondrinas
hacia el mar.

Del campanario sonó a lo lejos
la hilada nota, llamando a Dios;
hasta su queja corrió en los valles
como un ¡adiós!

Desde aquel día por los plantíos
no fué el hermano del arbol;
ya no hubo auroras ruborizadas,
lejos del sol.

Pero una tarde cruzó de nuevo
por el recodo muerto de luz;
muchas personas lo acompañaban
con una cruz.

El viento frío lloró a su paso,
cual nunca triste cantó el ciprés;
por el camino pasó su sombra
la última vez...



OCASO MISIONERO

Cual fanal de etéreo barco, a la popa de la nube,
vá la luna flebilosa que argentea el carrizal
con su lágrima de azufre
enjugada en la agonía del crepúsculo otoñal.

En el plácido remanso que aniquila sus corales
una garza solitaria baña el límpido plumar,
y en bandada los chajaes
se levantan oscilando sobre el húmedo lugar.

Entre pliegues aromados de flotantes camalotes,
con sus náyades ocultas juguetea el Uruguay,
y esperando sus amores
se recuesta la calandria blandamente en el yatay.

Mientras lleno de tristura, cual antiguo misionero
que no ha muerto todavía en la tarde colonial,
junto al bajo gime el viento
como ayer estremecido, como ayer sentimental.

Y a la vez que apura el astro su sidérea caminata,
del oscuro de la ruina al azul vuela un biguá
como el alma rebelada
de un indígena pagano que aún adora a su Tupá.

EL AMOR DE LA PRINCESITA

Todo está desierto; ya la princesita
no habla a las estrellas desde su atalaya;
ni por los jardines, con paso seguro
cruza aquel magnate de celeste capa.

Dicen los pastores de la cercanía
que una noche hermosa con nubes lunadas,
góndola soberbia vieron sobre el río
que con rumbo extraño las olas surcaba.

Y una mujer bella como la Madona
ceñida con pliegues de temblante gasa,
y un joven de rubios y sedantes bucles
inquieto a su lado, que la acariciaba.

Diz que en ese instante, tal vez oportuna
se ocultó en las nubes la Selene casta,
mientras de las conchas llegó a la ribera
como un miserere, la canción acuática.

.

Todo esta muy triste! Ya las madresevas
no abrazan floridas las silentes tapias;
ni a formar sus nidos van las golondrinas
en las tardes quietas, junto a la ventana.

Ni sus broches abren sobre los canteros,
las rosas que han muerto de dolores, pálidas.
Ni el paje recoge las dalias de oriente
que el diván cubrieron a su hermosa dama.

Ni en los plenilunios de las noches buenas
la cítara amante los rondeles canta,

ni los cisnes hundan sus picos de rosa
cruzando el estanque de dormidas aguas.

Solo entre el follaje, su silueta yerta
alzan incansables las mudas estatuas,
bajo los suspiros de lampos lunares,
insensibles siempre al Eros que pasa.

Y la esencia suave de la princesita
que entre regias pieles de gacelas vaga...
Al irse, han quedado sus alientos tibios
como incienso en nube que adormece el alma.

¡Qué ingrato que ha sido el juglar doliente
que llegó una tarde de tierras extrañas!...
Qué ingrato que ha sido; pero oh! cuán divino
evocó aquel día sus trovas lejanas!

Con que intensa angustia cantó sus amores,
cuánto lamentóse su vida gitana!
Qué ingrato que ha sido; pero oh! cuán inmensa
en voz tan profunda debió haber un alma!

.

Todo está desierto! Sobre las ojivas
ese niño ciego del Amor aguarda...
El príncipe muere, muere contemplando
la flecha siniestra que agita en sus alas!

SOBRE LA COSTA

El lugar es desierto; lánguido imploro
en las limpias arenas, hila el oleaje,
y temblando a la lumbre de un sol de oro
las turquesas resbalan sobre el follaje.

Es la hora tranquila que tanto adoro,
y añorando al murmullo que alza el ramaje,
entre vagos recuerdos, suspiro y lloro
como lloran las aguas en el paraje.

A la sombra sensible de los nogales
sus cánticos salmodian sentimentales
los jilgueros que viven dentro del monte;

y son garzas livianas de alas inmensas,
las goletas que flotan como suspensas
en la línea dormida del horizonte.

EL PATIO DE LA NOVIA

La glicina llora sobre el patio triste
vertiendo en la sombra sus lágrimas lilas,
y hay un misticismo débil que predice
algun largo ensueño bajo su arquería:

Penden los racimos de aromadas gotas
en el claroscuro de la hora lívida,
y se advierte el alma del idilio a solas
junto a sus doseles de temblantes guías.

Yace sin embargo tan grave y desierta
la exótica hamaca de la bella niña,
fingiendo en la calma tan profunda espera,
que parece a veces hasta que suspira...

.

Esta tarde tiene la casa un misterio;
está más silente, está más tranquila.
Hay una profunda pausa de recuerdos,
hay un prolongado lloro de glicinas...

LOS EUCALIPTOS

Oh! en las tardes del invierno, cuando el viento
sopla lúgubre y fatídico, el lamento
de los tristes eucaliptos levantados
al dintel de los caminos;
de los graves que se mecen agobiados,
como viejos pensadores
lloradores
de sus lánguidos destinos.

Oh! los músicos aquellos... Los que llaman
y contestan y sollozan y reclaman
en la larga invocación de sus conciertos.
Los que saben de añoranzas y amarguras,
vigilando sepulturas
en el mundo de los muertos!

Oh! los buenos eucaliptos, los que oran
de recuerdos, apenados.
Los eternos paralíticos que moran
presagiando sus finales en los cercos abismados.
Los que saben de la historia y la agonía
de aquel joven que tosía
y buscaba la salud bajo sus calmas...
la salud que buscó en vano, en el bosque solo y frío,
y que un día muy sombrío
se marchó, rumbo al descanso de las almas!...

De aquel pobre peregrino
que jamás faltó a la cita en el camino
con las aves y las flores.
Y lloraba.. recordando sus amores;
y tosía...
¡Que la tarde cada vez era más fría!

De ese enfermo que temblaba
y caminaba
contemplando lo infinito, a paso incierto...
De aquel pobre que no vuelve porque ha muerto!

...Yo los miro, en esos días religiosos de la infancia,
somnolientos y callados
como inertes centinelas levantados
a la puerta de la estancia.
Yo los siento
alzar quejidos
muy lejanos, cuando el viento
pasa hurtando a su hojarasca los perfumes más queridos.

Y los oigo, en el silencio de mis noches lapidarias,
cual devotas procesiones que elevaran sus plegarias
por un claustro desolado
donde duermen apiladas las visiones del pasado.

¡Y hay clamor de campanadas
en la queja suplicante de esas hojas desmayadas!

Oh! los tristes eucaliptos asomados
a través de los tapiales.
Los que escuchan extasiados
las profundas convulsiones de los tísicos que pasan re-
[pitiendo sus misales...

Los que gimen en las calles del antiguo camposanto,
sobre el lúgubre sepulcro de los seres que he perdido,
sobre el polvo sacrosanto
de las vidas que me amaron y olvidándome se han ido.
Yo los siento... en esas horas de reposo y pesadumbre
que me olvido de mí misma;
cuando caen los recuerdos enervados, de la cumbre
con la lluvia temporaria que en la noche los abisma.

¡Y hay clamor de campanadas
en la queja suplicante de esas hojas desmayadas!

ROMANTICA EXTINCION

Cuanto quisiera dormitarme ahora,
en esta santa languidez sumida,
como el capullo de temprana rosa
en un largo temblor desvanecida.

Agostarme soñando tras la reja
cual níveo brote en la prisión del vaso,
con la silente y mística quimera
de un esfumado atardecer de raso.

Morirme silenciosa, casi tísica,
vuelta al confín azul la blanca frente
y la mirada dolorosa, fija,
fija en su misma evocación muriente.

Oir la última nota de las alas
exóticas, abiertas en la sombra,
y el labio musical de una campana
que desde lejos, con piedad, me nombra.

Sentir como en las tardas pulsaciones
la hora del derrumbe se agiganta,
y en la breve vigilia de esa noche,
con la suave tristura de una santa;

comulgando con Dios, mientras enjugo
la postrimera lágrima vertida,
sin haber despertado sobre el mundo,
ir quedándome así, como dormida...

El perro gemirá con voz aguda
tendido en el umbral de la cancela;
perflará los álamos la luna,
un soplo frío agitará mi tela;

y qué hermoso será, tras la ventana,
cadáver ya bajo el naciente día,
como en la espera celestial de un hada
estar mirando lejos todavía...

FATALIDAD

La Parca religiosa ha encendido mi cirio
en la capilla austera, de mi difunto al lado.
Tiene entre tantas sombras la palidez de un lirio,
pero de un lirio enfermo, de un lirio marchitado.

Rima el viento una larga sinfonía de frío
que prolonga en la noche la inquietud de un llamado..
Por qué vestir de blanco, cuando todo es sombrío?
Comprendo... para el rito mortal me han ataviado!

Perfila los cipreses, frente a la balaustrada
una luna de nieve, espumando la entrada
del solar donde yace mi votivo santuario.

Y se aleja la Muerte, su misión ya cumplida;
mientras dándome el beso me despide la Vida
en el triste himeneo de mi amor lapidario.

HLADES DE MI TIERRA

I

Sangrando están los ceibos en la ribera
del Uruguay que pasa semiextasiado,
y se oye en el follaje la voz parlera
del viento que dialoga con lo ignorado.

De la fragante loma, por la ladera
descienden los rebaños y en su cayado
se apoya el pastor viejo, que inquieto espera
la aparición siniestra de algún venado.

II

Las toscas afelpadas que a cortos trechos
sacan a ras del agua sus brazos lisos,
hacen musgosos bancos bajo los techos
de sauces, araucarias y paraísos;

Y en tanto que la tarde cubre sus pechos
cual núbil muchachuela, con ténues visos,
volviendo a los barrancos buscan sus lechos
los tardos jabalíes y los erizos.

III

Ya en el violáceo tono de aquel momento
su talle de esmeralda conmueve el río;
como un lagarto mónstruo que ondula lento,
tornando a las cavernas algo tardío.

Vésper está en lo alto del firmamento
y mientras argentea sobre el plantío,
una piragua sale de su aislamiento,
porque aún vive el charrúa del suelo mío.

IV

Errante caravana de los desiertos,
estirpe legendaria de otras edades,
tal vez uno ha surgido de tantos muertos
a visitar oculto sus potestades:

Y yo que los evoco cruzando inciertos
en noches de miserias y tempestades,
sus maracás arranco de mis conciertos
para cantar al mundo las libertades.



TARDIO RETORNO!...

Era el frío del tiempo que me hería!...
Junto al musgoso paredón desierto,
todo me hablaba de un lejano día,
todo me hablaba de un pasado muerto.

La triste soledad que me seguía
por aquel sitio a mi dolor abierto,
conversarme doquiera, parecía,
en un largo y palpable desconcierto.

Reconocí los prados adyacentes,
la vida, los lugares, los ambientes
que me acercaban a la casa vieja;

pero al lanzarme hacia el rincón querido,
sólo encontré, fantasma del olvido,
un perro que ladraba en la calleja...

BEATITUD

Este es el claustro de mi sombra andante;
en pos de esta alameda rumorosa
yo besaré el rosario palpitante,
hecho de aromas y laurel de rosa.

Este es el templo de mi credo amante;
ceñida con la veste religiosa
iré por esta soledad, temblante,
con la blancura de una muerta esposa.

Y al linde de estas plantas incensarias
hojeando de mis penas solitarias
la triste biblia, para nunca escrita;

comulgaré con Dios íntimamente,
mientras me alumbre así mi sol creyente,
como una inmensa lámpara bendita.

SANTOS LUGARES

Memorias montevideanas

I

Ancho patio, patio amigo de las risas y los juegos,
de los cuentos y las ruedas;
¿Qué se han hecho aquellos chicos
que trazaban en el polvo de tu suelo la rayuela?
Qué se han hecho, patio triste,
patio lleno de fragancias que mil cosas me recuerdan,
los amigos de la infancia,
los hermanos de la escuela?

Patio enfermo por los años,
patio mudo por la ausencia!

Aún está el aljibe rosa
bajo el techo de las ceibas;
la ventana de la alcoba, de la alcoba de mi madre
aún está con sus doseles de tupida madre selva.
Me parece que la escucho,
me parece que la viera
con sus ojos
y sus trenzas.
¡Pobre madre!
también ella
ha sentido de los tiempos
la verdad de lo que llega!

II

Mas... ¿qué tengo? Siento frío
al mirar esas paredes de la estancia solariega.
Me dá miedo este mutismo;
todo yace en el olvido. ¡Qué recuerdo! ¡Qué tristeza!
Ya no surge en espirales
de la antigua chimenea
con fragancia de eucaliptos
aquel humo que nublaba los contornos de la higuera.

Ni tendido en los juncales
a la hora de la siesta,
el oscuro terranova
fiel aguarda a los rumores de los yuyos y las bestias.
Ya no vibra la guitarra
bajo el palio murmurante de la verde enredadera;
también ella está ya fría,
también ella está ya queda!
Ni salvando los arroyos,
ni saltando por las vegas,
de veloces mariposas
perseguimos los colores. al retorno de la escuela.

¡ Todo duerme ese letargo somnoliento del pasado,
todo siente la añoranza de las cosas que se alejan!

III

Yo no sé si es porque siempre lo que ha sido es más
por el alma que nos deja: [hermoso
yo no sé, pero ya advierto que jamás sobre este mundo
volverá la dicha aquella.
Que jamás tendré dos ojos más azules y más tiernos,
ni jamás tan pardas trenzas
como aquellas de mi madre
que ora lentas con la nieve de los años se blanquean.
Que jamás tendré dos labios que me besen en la frente
con más ansia y más pureza:
que ya nunca otros amores como aquellos que se fueron
viviré sobre la tierra.
Ni hallaré jamás amigos
como aquellos de la escuela.
ni mañanas más hermosas
llamarán con sus reflejos al madero de mi alféizar...
Ya jamás, aunque otras dichas
resurgieran,
tan feliz seré en el mundo
como en esa infancia muerta!

De su pálido sepulcro
no ha de alzarse aquel abuelo, por contarme sus le-
ni ya puede hallar venturas [yendas,
este espíritu enervado por las brumas de la pena.

Todo ha muerto para siempre;
ya no habrá tras ese invierno, ya no habrá más prima-
[vera!

IV

Y ora adiós, pálida sombra de un pasado venturoso,
triste patio, casa vieja.
¡Adiós, rústicas estancias!
¡Adiós, muros solitarios! ¡Adiós, lúgubre vivienda!
¡Adiós, santo enterratorio
de mis últimas quimeras!
¡Adiós, tumba de mis sueños!
¡Adiós, ruina que cantaste mi más íntimo poema!
Ya no tengo en tu regazo
quien me quiera,
ni ya tiene objeto alguno
mi presencia.
Vuelvo sola,
vuelvo enferma,
¡vuelvo tarde!...
¡vuelvo ajena!

V

Mas, ¿qué trae a mi memoria
la nostalgia de esta senda?
¿Dónde acaba?
¿Dónde lleva?
¡El camino polvoriento del silente camposanto!
¡Oh, Señor! dame más fuerzas;
quiero andar hasta esas tumbas,
allá está lo que me queda!
En mitad de este vacío
alguien hay que allá me espera;
aunque todo me ha olvidado
algo aún en este sitio de silencio me recuerda...

¡Algo brota de mis ruinas
cual la triste siempreviva en la sombra de las grietas!
Ya su cruz diviso inerte
al confín de la alameda,
son los mismos eucaliptos
y parece que me miran con fatídica extrañeza:
que me invocan,
que me retan!...
¡Blanca imagen de mis noches!
templo frío del hermano que perdí sobre la tierra!
¡Nívea losa que ese nombre
tan querido deletreas!
Oh! mis ruegos acallados,
Oh! mis pobres azucenas!
Alma mía
¿quién te reza?
¿Quién lloró sobre tu mármol
desde el día de mi ausencia?
¿Quién de lirios ha cubierto
esa lápida tan yerta?
¡Oh, Señor!
dáme más fuerzas
para orar sobre esos restos y pedir que me perdone
al espíritu que mira desde el fondo de esa huesa.

Es el único recuerdo que me aguarda todavía,
son las únicas cenizas que aun la patria no me niega!



LA CARROZA BLANCA

Tengo en mis sueños la visión de un niño
de negros ojos y de frente pálida,
que viene a mi dintel todas las noches
desde una edad lejana.

Debe bajar del cielo, porque siento
el rumor de sus alas.
Porque tiene una veste muy hermosa
hecha de tules y ambarinas dalias.

Es un hermano que perdí en el mundo,
en una noche de Noviembre larga...
Larga, como las noches del olvido,
cuando la estrella de un amor se apaga.

Es la misma cabeza encantadora
de hondas miradas y encrespados rizos,
que se inclinó en mis brazos, abatida,
como se inclinan al morir los lirios.

Es la sonrisa aquella de los labios
que ví al cerrar la funeraria caja.
El mismo querubín que de mi lado
llevó una tarde la carroza blanca...

Ah! son las mismas manecitas tiernas
que sobre el pecho le cruzó la muerte;
¡el mismo ángel solitario y bello
que he perdido en la tierra para siempre!

Que rumbo extraño, en el fatal crepúsculo,
el féretro tomó, que lo llevaba,
que nunca... ¡ni al correr de tantos años!
lo he visto retornar de aquella marcha?...

Cuando el recuerdo funeral me abate,
marcho a buscar esa desierta playa,
por si a través de su arenosa senda
volviera un día la carroza blanca.

¡No tornarán jamás! Ya me lo han dicho
las palmas que se mecen en la orilla.
¿Por qué será la muerte tan eterna
en este mundo de tan breve vida!

.

Vén, visión solitaria de mis sombras,
en la sagrada calma del silencio
a desatar tu cabellera rubia
sobre el obscuro manto de mi lecho.

Que yo dejo mi lira abandonada
al lóbrego dintel del aposento,
para que temples su cordaje mudo
con el sublime canto de tus besos.

.

Un día, no distante de estas horas
que mi existencia marcan,
iré a vivir contigo las delicias
de la mansión soñada.

Y ya no vagaré trémula y sola
sobre la triste playa,
mirando... ¡por si al fin de aquellas dunas,
surgiera un día la carroza blanca!...



ABSENCE

La marquesa de Francia sigue el blanco sendero
florecido con dalias y con rosas de "spleen";
va pensando en la cita de Francisco Primero
y en la azul serenata de un galante violín.

Por la pálida senda, levemente camina
conmoviendo en la sombra el jazmín de su pie,
y parece argentarse la sensible glicina
cuando tiemblan los pliegues de su falda glasé.

Se olvidó nuevamente del palacio risueño
donde siempre se vuelca la paleta lunar;
otro mundo le llama en la hora del sueño...
el "nocturno", el trovero, las estrellas y el mar.

Sobre el quieto remanso del estanque sombrío
sus plumajes afina una garza real,
y salpica, coqueta, de flageante rocío
las inmóviles formas de la estatua glacial.

Mientras, solo, en el banco de sus horas serenas,
duerme el paje rendido, como en cuentos de Alá;
y soñando en el oro de sus viejas almenas
la marquesa de Francia como un hada se vá...

EL ADIOS DE UNA ESTIRPE

Han pasado... como el gesto legendario de una **era**,
los charrúas indomables de la tierra en que nací,
que cruzaron con sus flechas la rebelde **Améguera**
y cantaron en la selva tiernamente el yaraví.

Han pasado...! Cual testigos de esa sombra pasajera,
nada queda, más que el bronce de su estirpe **guaraní**,
y el frenético alarido que repite las palabras
sacudida en los desiertos por las ráfagas del Yí.

Es un pálido recuerdo el legajo de su vida:
una historia oscura y triste, una página que nada
que trazaron las misiones en la tarde colonial:

el fulgor apenas suave de una estrella anochecida
que irradió en otras edades y hoy se aleja estremecida
en las horas somnolientas del crepúsculo **oriental**.

ORIENTAL

Te quiero porque vienes de tierras del Mesías,
porque en tus ojos llevas las perlas del Jordán,
y con crespones tejes tus trenzas de gitana
y trae sol de oasis tu nazarena faz.

Te quiero porque vistes de tul, como las santas
que en los altares solos la beatitud pintó,
porque tienen tus labios suspiros orientales
y dicen tus ojeras de un no gozado amor.

Te quiero porque traes el cántaro a la fuente
como aquellas votivas mujeres de Belén
y cuando se desmaya tu imagen en las aguas
destila ondas de fuego tu boca de clavel.

Te quiero porque vives soñando una quimera,
porque estás siempre triste, y en tu sutil mirar
fundes de los desiertos egipcios la nostalgia
y de sus momias regias la languidez mortal.

Porque en tu seno llevas del loto perfumado
con humedad de sombras, la suave exalación,
y dejan tus vestidos, sobre la arena blanca,
de los palmares solos el llanto añorador.

Te quiero porque vienes de tierra de los íbis,
por donde fué mil noches el ángel de Jehová,
y me figuro que eres la azul protagonista
de un salmo penitente que cantan en Aram.

SALOME

...Y la amante de la Muerte, parecía
andular en el arpegio de las arpas,
y seguir sus melodías
con el velo tremolante de las gasas.

Bailó mucho, sobre el claustro de los ídolos,
bailó loca de pasión la eterna danza;
en la crisis del delirio
agitó su desnudez como una esclava;

y sintió como los ojos
de la fúnebre cabeza, fijamente la miraban,
y corrió sobre aquel pórtico
de salvajes impresiones y albedríos, embriagada.

Y a la par que ella reía al dintel de la tragedia,
en los sesgos voluptuosos extasiábase el tetrarca,
como airadas espirales ondearon sus guedejas
y en sus giros tuvo aromas de humaredas azuladas.

.

Después fué la rebelión; junto a su cuerpo
relucieron las corazas,
y el epílogo siniestro
brindó a Eros la leyenda de su tarde más macabra.

AMOR!

El que su dicha en el amor espera,
o en amar su ventura ha consistido,
aunque deponga su pasión entera
debió ser un vulgar o no ha querido.

La ilusión sacrosanta y verdadera
es el dolor de un lloro concebido,
la eterna evocación de una quimera,
la infinidad latente de un sentido.

Cuando se ama, llorar es el aliento,
en lágrimas verter un sentimiento,
hablar de penas y de amor llorando;

y una noche ¡por fin! en esta vida,
bajo la misma ensoñación querida
cerrar los ojos y morir amando.

AMALIA

En cementerio lejano
de aldea pobre y tranquila,
eternamente descansa
la que fué mi tierna amiga.

Murió virgen en el sueño
de nunca alcanzada dicha,
murió solitaria y triste,
murió silenciosa y tísica.

Me han contado los viajeros
que de esa tierra venían,
que tiene una cruz muy blanca
alzada entre margaritas.

Que en los cipreses cercanos
las cogujadas anidan,
y un aroma le da sombra
mientras con amor la abriga.

Dicen que los vientos traen
de la montaña, armonías
extrañas y voluptuosas
hasta la mansión sombría.

Y que en horas de la noche,
cuando acuden a la cita
las estrellas lloradoras
en las regiones vacías:

entre las frondas veladas
raros pajarracos gritan,
y parece que dialogan
las almas enternecidas.

Fué bella, lozana, pura,
risueña, feliz y niña.
Jugó como yo jugaba,
rió como yo reía.

Después amó. ¿Quién no siente
la juventud de la vida?
Y una mañana, la pobre
me confesó que sufría.

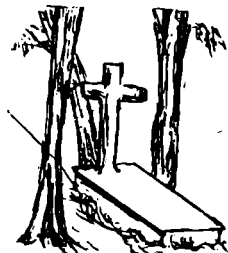
Por última vez, más tarde,
la ví alejarse; tosía.
Miróme con ojos vagos,
besóme con boca lívida.

Y al mundo de las montañas,
enferma, lúgubre y fría,
partió a buscar, para nunca,
aquella salud perdida.

.

En cementerio lejano
de aldea pobre y tranquila,
eternamente descansa
la que fué mi tierna amiga.

Murió virgen en el sueño
de nunca alcanzada dicha,
murió solitaria y triste,
murió silenciosa y tísica...



EL RETRATO DE LA ABUELA

Siempre en el mismo sitio, nunca ha cambiado.
Es el altar silente de nuestra sala,
y aunque se modernizan todas las cosas
jamás él se ha movido de donde estaba.

Allí, junto al respaldo del piano oscuro,
silencian sus ojazos una plegaria,
y aún cuando ya no tiemblan esas pupilas,
yo vivo en lo profundo de su mirada.

Como de alguna virgen, surge impalpable
del fondo claroscuro, su tez de nácar.
Y en su conjunto tiene todo lo inmenso,
todo el poema triste de las beatas.

Debió ser muy graciosa! Me la imagino
cruzando por las huertas, núbil muchacha,
con dos trenzas muy negras sobre los hombros
y jugueteando al viento sus níveas faldas.

Musa de mis cantares más infinitos,
hubiérale a los bosques robado el arpa
para arrullar el ritmo de sus ensueños,
porque debió ser tierna como una lágrima!

Bordan su esbelta frente confusos bucles,
al cuello le circunda negra corbata,
y en el arrobamiento de un imposible
parece que sus labios interrogaran...

Y yo vivo el enigma de esa existencia
monótona y sombría de yerta estatua,
tan tétrica y divina, tan muda y leve,
como sólo un creyente la imaginara;

cuando en el sentimiento de los "nocturnos"
que extiende por las teclas la dulce Angela,
al contemplarla creo que se estremece
en el rincón sombrío de aquella estancia.

La acaricié de niña y en mi inocencia
si había visto magos, la preguntaba;
y al verla tan hermosa como mi madre
subía a los divanes para besarla.

Después, no sé qué tarde, ¡pero muy fría!
cuando murió en mis verjas la última dalia,
al confesarle a solas todas mis cuitas
adiviné en sus ojos una esperanza.

¡Hierática promesa, siempre latente
en la quietud eterna de esa mirada
que como la del ángel de los sepulcros,
al más allá se vuelve desde una pausa!

A veces, en lo extremo de mis pesares,
quisiera de las nubes arrebatarla,
y por vivir más cerca tanta ternura
volverla a este calvario de vida humana.

Pero después, en medio de mis bondades,
mientras lloro lo eterno de la distancia,
al Hacedor suplico por que la guarde
y me resigno a verla desde la estampa.

Madre de aquella madre que tanto quiero,
tan lívida y risueña, tan triste y blanca.
Si es cierto que los buenos llegan al cielo,
¡qué hermosa ha de estar ella con esas alas!

MIENTRAS LAS NUBES PASAN...

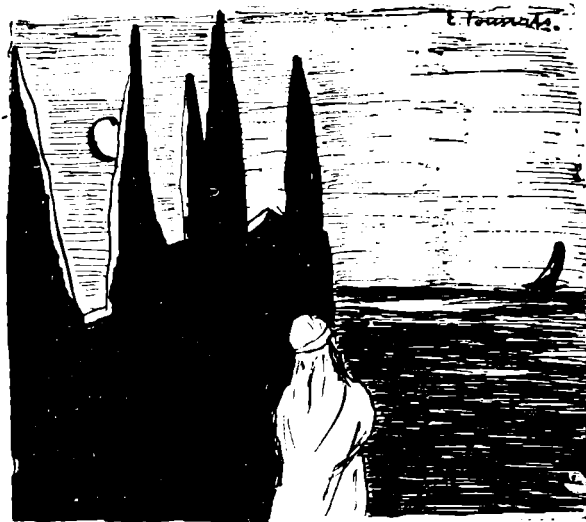
Llueve: bajo la lluvia las estatuas desiertas
alguna edad perdida parece que deploran,
y yo que sé de cosas que se vivieron muertas,
lloro, como allá lejos, las penitentes lloran.

Caen las gotas frías sobre las losas yertas
cual lágrimas latentes que en el olvido añoran,
y mientras gime el viento muriéndose en las puertas,
vuelan mis pensamientos a la región do-moran.

Tengo un hermano blanco que duerme eternamente;
a él vuelvo la memoria, melancólicamente,
en estas horas grises que el mundo me destierra.

Y al evocar, sufriendo, imagen tan querida,
páreceme que ha sido la vida de su vida
como una gota de agua que se tragó la tierra...

LA CITA DE LAS ALMAS



De Píramo en la tumba, a los estíos
brotó una enredadera
que va a dormir sus últimos renuevos
sobre la losa de la Tisbe muerta.
Es el Amor que de ultramundo canta
la estrofa de su lírico poema,
cuando se miran tambalear los túmulos
al abrazo profundo de la tierra.

A través de los parques de un condado,
cuando tañe el reloj la media noche,
por briosos alazanes arrastrado
cruza el fantasma de un soberbio coche.

El blanco de las sendas, velozmente,
mancha la sombra del azul tesoro,
y del desierto macadán. se siente
bajo las ruedas, continuado lloro.

En la tiniebla soberana huyendo
de Orión al grupo, se levanta Sirio,
como algún alma que al azar sufriendo
fuera a llorar más lejos su martirio.

Y las estatuas lívidas, desiertas,
que miran desde el pórtico sombrío,
al hundirse en la luz, parecen muertas
que aún conservaran sensación de frío.

Bajo el leve dosel de una palmera
donde ensayan sus vuelos los vampiros,
yace un banco tan leve, cual si fuera
hecho para el amor y los suspiros.

Allí cesa su marcha la carroza,
y alguien advierte que en fatal mutismo
mientras el ronco platanar solloza,
baja una sombra hasta el asiento mismo.

De terribles recuerdos poseída
por largo tiempo, meditar parece,
como si la tragedia de su vida
en ese instante enormemente crece...

Al confín, en los montes somnolientos
asoman sus almenas los palacios,
cual errantes, perdidos pensamientos,
en la palpitación de los espacios.

La luna con sus rayos de platino
no riela ya, tan sólo gime el viento,
y parece escucharse en el camino
la inefable canción de un sentimiento.

Dicen, que un día visitó la corte
un vate hermoso, que de ignoto mundo,
desde una nave que arribara al Norte
hasta el castillo aquel llegó errabundo.

De su laúd las sollozantes arias
se deshojaron como rosas lívidas;
cantó a las noches y cantó a los parias,
a los trovèros y a las novias rígidas,

Cantó tan triste, que al oír, suspensa,
esa hilación fantástica de notas,
ese suspiro de plegaria intensa,
ese lamento de esperanzas rotas;

sobre el regio diván, enternecida,
postróse en un ensueño la princesa,
mientras alzó el juglar la despedida
y huyó la tarde entre la fronda espesa.

En ese instante, de inauditos ecos,
llegó al jardín una canción divina,
y al sacudir los platanares secos
sobre el banco cayó una golondrina.

Afirma la leyenda milenaria,
que desde entonces, al morir el día
la joven enfermiza y solitaria
hasta el asiento en la intuición venía.

Hasta esa vez que sobre el abra oscura
Eros guardó en la aljaba su saeta,
e impregnada de lívida blancura
durmióse la adorada del poeta.

Y cuenta la leyenda, haciendo galas,
que al pasar su litera ante aquel banco,
el ave errante desplegó sus alas
y fué a posarse sobre el velo blanco.

Desde entonces... y de esto ha muchos siglos,
cuando la luna aleja su vagancia
y los montes parecen mil vestiglos
que viven en perpetua vigilancia:

la carroza visión entra al palacio
por el largo camino polvoriento,
mientras envuelta en nubes de topacio
un ala llora al entregarse al viento.

Citas de llorador romanticismo
que en hieráticas noches se cumplieron,
impelidas por tumbas que en su abismo
nunca las almas retener pudieron.

Mudos encuentros que en escrito plazo
el regocijo tumulario advierte,
seres de ayer, que en intangible abrazo
os fugáis del recinto de la Muerte.

Alguien dirá que el ultramundo espanta,
mas yo opino, que huyendo a lo precario,
si es tan grande el Amor, como se canta,
no es violento que llegue hasta el osario.

LAS ROSAS BLANCAS

Y extendióse su mano descarnada
sobre la sombra del helado lecho,
mientras rompió en siniestra carcajada
la tos fatal del agotado pecho.

Tal vez en esa albura perfumada
halló la ruina del jardín deshecho,
al vislumbrar en la mansión soñada
el triste fin del recorrido trecho.

Y cogiendo mis flores temblorosas,
en el desborde azul de su ternura
miróme largo tiempo, fijamente...

Hubo en sus ojos languidez de rosas,
y pensé que en un vaho de tristura
pudieran deshojarse de repente.

HELADAS INTIMAS

Vengo triste, con ansias de llorar ; pero mucho!
Traigo inmensos recuerdos con olor a ceniza.
Me parece que el mundo
ha quedado allá lejos... y que empiezo otra vida.

Cuántas cosas pasadas sin querer!... (Cuánto visto
en la horrible ceguera de los ojos mortales!
Cuánto tiempo vivido
a través del instante!

Vengo enferma y de lejos,
como vienen las brujas
de la tierra del viento,
del solar de la lluvia...

Traigo un búcaro lleno de remotos perfumes,
en las húmedas horas flotan lirios de Muerte;
ha llegado la nube,
y en mi pecho hay ciclones y en mis párpados llueve.

Lloverá muchos días...
Es muy larga la sombra, y quizá si termina!



DE LA ALDEA OLVIDADA

En el bajo de la senda,
hasta el mismo cementerio
siendo campo de la Muerte,
se siente que está muriendo.

Con su lúgubre figura
un ciprés amarillento,
sostiene apenas la triste
pirámide de los muertos.

Linda el sagrado recinto
ancho paredón desierto,
por cuyas grietas, las plantas
anémicas, se extendieron.

Y si una vez, en la tarde,
palpitan sus tallos secos,
es porque en torno a los muros
labora el nido un mochuelo.

Media docena de cruces,
como inválidos dispersos,
sus truncos brazos de leña
dejan asomar a trechos.

Y como santa memoria
de un vejado mausoleo
las formas del ángel surgen
hacia el profundo del cielo.

Enmarañada en la hiedra,
la obscura puerta de hierro
bien claro dice al que pasa
que ya no vienen los deudos.

Y el blanco de los caminos
que se pierde ante los cercos,
con justa razón delata
la ingratitud del recuerdo.

Habitan las cercanías
las lechuzas y los cuervos
que entristecen el paraje
llenándolo de misterio.

Y sin lamentar ausencias,
ya por hondo sentimiento
suspira todo el que pasa
por el camposanto viejo.

Sin una flor en las losas,
sin un adiós, sin un rezo;
sobre la Muerte, otra muerte
vá minando el cementerio.

Y un día, cuando en la ruina
se extralimite el silencio,
irán a dormir las tumbas
en la tumba de los tiempos.



LAS FLORES NO OFRENDADAS

Sin llegar al destino que tenían
las pobres marchitarón,
se durmieron después, y un triste día
estaba solo el vaso.

La noche del olvido, como heridas
las rosas desangraron
sus hojas de rubíes, parecía
que las sombras goteaban en mi cuarto.

Y no sé si fué culpa del delirio,
pero al mirar el ramo
que en un pliegue lunático de vidrios
se hundía solitario;

parecióme que en torno de los pétalos
alzóse un velo blanco,
algo así como el alma de un recuerdo
que se extinguió temblando.

Pobres flores de amor! todas vertidas
en el arrobó largo,
sin el sollozo azul de esas pupilas
ni el beso de esos labios.

Quién pensara que así, como su aroma,
en un etéreo vaho
el sueño de mi vida a aquellas horas
se estaba evaporando!...

LA VISITA DEL PASADO

Hoy te espero; aunque hace tiempo que no vienes.
hoy te espero.
Hoy aguardo tu llegada
porque siento íntimamente muchas ansias de recuerdo.

Te vislumbro en el camino... Es tu sombra la que llega,
me hablas ya desde tan lejos...
Esta tarde estoy muy triste y entornando la mirada
me parece que te veo.

Ven, ¡qué vana es la distancia y qué inútil es la ausencia
para aquellos que quisieron;
y qué pobre que es la vida
cuando el alma es toda vuelo!

.....

Si rival empedernido de la Muerte,
anda Amor entre los huesos!

.....

Ya cautiva mi cabeza un paréntesis de manos,
y a tu pálida caricia como un lirio languidezco...
Has llegado suavemente, como yo lo presentía;
¡esta tarde te poseo!

LA TRAMA ETERNA

Amor: todos me cuentan que eres chico atrevido,
que tienes alas blancas y te llaman Cupido,
que llevas una aljaba y sin tregua te ensañas
en ir tirando flechas derecho a las entrañas.

Me dicen que de noche costean los jardines,
que estás sobre las plantas y sobre los violines
de ritmos anhelante, de aromas embriagado,
haciendo redes de oro en las que has encerrado
alas de corazones que vivían libertos.
Que tienes muchas víctimas entre vivos y muertos,
y sin embargo reinas feliz y agasajado
y hay quien después del polvo, sediento te ha llamado.

Y prosiguen que vienes en literas de rosas,
y que te hacen cortejo temblantes mariposas
de las cuales concedes a tus esclavas una
que se muere cuando ellas viven de miel la luna.

Pero yo pienso mucho, reflexiono y medito
que no eres como aquellas leyendas que han escrito
Si fueras inocente y alma de niñerías,
así no traicionaras, así no mentirías.

Y te imagino un viejo, por mis cavilaciones,
con una bolsa inmensa donde las ilusiones
se van como mendrugos, apilándose lentas,
para agotar la crisis de tus horas hambrientas.

Me forjo tu figura una sombra encorvada,
no ese querube alado de la noche lunada
que palpita en las sendas y se duerme en las flores;
si así fueras no habría quien se muere de amores.

Y te creo habitante de un antro muy profundo
donde sin tregua dejas, volviendo de aquel mundo,
ternuras que cautivas, corazones que encierras
y juventudes vivas que sin cesar entierras.

Por eso, Amor amigo, no quiero ser tu amiga;
ni oír lo que tu labio confidente me diga.
Si es que ya en otro tiempo en tu red no he caído...
Déjame que recuerde... y es verdad, ¡he querido!



HORAS SOMBRIAS...

Estoy sola, muy sola. En el jardín lejano
cayeron esta noche todas las hojas secas.
Y tiemblo y tengo frío... ¡mucho frío!
Más del que deben de tener los muertos
que duermen bajo tierra.

Estoy sola, muy sola. Todas las ilusiones
se han ido lentamente de mis ansias enfermas.
Al irse me dijeron que ya no me querían,
que estaban aterradas
de estas horas tan negras.

Y siento su añoranza; el viento gime
entre los yertos leños de la lúgubre puerta.
Y tiemblo y tengo frío... ¡mucho frío!
Más del que deben de tener los muertos
sepultos bajo tierra.

¡ Cuántas tardes pasaron
desde la tarde aquella!
¡ Qué lejos está todo lo querido,
como me siento vieja!

¡ Cómo lloran mis ojos,
mis manos como tiemblan!
¡ Y qué larga es la vida
y qué larga y qué negra!

¡ Por qué se han ido todos
y olvidada me dejan,
viviendo las angustias
de esta esperanza muerta?

Pero sola no estoy. Por los umbrales blancos
de mi alcoba abismada, la bruja se pasea...
Es encorvada y miran sus ojos vagabundos
como miran los cráneos cuando la noche llega.

Nunca la ví tan callada,
ni la creí tan fea.
Debió ser ella misma la que entregó a los cierzos
de mi jardín extinto todas las hojas secas.

Y camina la sombra por el recodo mudo
como mi centinela,
y me quiere y me cuida, y tiene un foso eterno
para guardar mi cuerpo, para enterrar mis penas.

Ya no estoy solitaria, porque de ignotos mundos,
en mustio palio envuelta
viene todas las noches
esa mujer siniestra.

Pero ¡qué triste quedo
cuando al llegar el día huye por la calleja!
¡Y qué larga es la vida
¡Y qué larga es la pena!

.....

Estoy sola, muy sola. En el jardín lejano
cayeron esta noche todas las hojas secas.
Y tiemblo y tengo frío... ¡mucho frío!
Más del que deben de tener los muertos
que duermen bajo tierra.

¡Cuántas tardes pasaron
desde la tarde aquella!
¡Qué lejos está todo lo querido..
cómo me siento vieja!

.

DOLOR DE MARCHITEZ

Jazmín sedante que en mi pecho mueres,
perdona una vez más con tu fragancia
esta fatalidad de las mujeres
de agostar en sus senos vuestras almas.

Perdóname, capullo pudoroso,
que embriagándome, pálido agonizas,
si al seguir este instinto doloroso
he sido, sin quererlo, tu asesina.

No me culpes ¡por Dios! si enamorada
del balsámico aroma de tu aliento,
para vivir esta ilusión soñada
a la muerte, inconsciente, te condeno.

Pídele a la vejez ensombrecida
que arranque al corazón sus pulsaciones,
y entonces, en el frío de la vida,
el triste amor no secará más flores.

MORIR COMO MIS INDIOS...

Yo quisiera apagarme una noche, en la leve
humedad de las sombras, sin humana aflicción;
como el viento que pasa, como el agua que llueve...
proscripta, silenciosa, precaria expiración.

Una noche de aquellas, que parece que mueve
el infinito extensas mortajas de crespón;
como la rama, seca, como la brisa, breve...
fría, desierta, muda, fatídica extinción.

Que el agreste murmullo salmodée la helada
plegaria de la Muerte: penetrante sudario
de hojas yertas envuelva mi frágil juventud.

Y al extinguirme lejos... de todos olvidada,
hagan errantes bestias, desfile funerario
por mi salvaje, inmensa, tumba sin ataúd.

PENSAMIENTO

Hilando en el misterio mis hondos meditates
cruzaba la alameda del parque señorial.
El viento me traía acordes de pinares
y un grupo de flamencos costeaba el manantial.

Aromas confundidos de rosas y azahares
llevábase en sus alas el céfiro estival,
y como armonizando mis tristes recordares
moríase entre arrullos la tarde musical...

...Y fué con la nostalgia silente de esas horas,
al murmurar las fuentes sus pláticas sonoras
bajo el techumbre inquieto del bosque soñador;

que alzándose en la esencia de aquel pasado todo,
la sombra de tu sombra corrió sobre el recodo
al encontrar la tumba de un día evocador...

LUZ DE ABISMO

No me admira, cortesana, el diván en que te aduermes,
ni el aroma deleitoso de tu rojo pebetero,
ni la alfombra que a tus plantas presumidas se confunde,
ni las perlas que extraviaron las sortijas en tus dedos.

No me admira, aunque te sienta bellamente, no lo oculto,
ese encaje desmayado sobre el raso de tu cuerpo,
ni ese airón que de tus bucles impalpable se levanta,
ni esos labios oprimidos en la pausa de algún beso.

Por tejer tu regia veste, día y noche, sin descanso,
una joven, que era casta, se murió de abatimiento.
Y por darte el tapizado que tus pies engalanara,
al jaguar de sus malezas añoraron los desiertos.

Con delito de pirata, porque al fin al mar robaba
sus tesoros, cierto buzo de las olas violó el seno
por traerte finas perlas. ¿Y quién niega que esa noche
sin el iris de las aguas las estrellas se perdieron?

Tuvo amor, como tú tienes, aquel ave solitaria
que por darte el gayo adorno de tu testa, en raudo vuelo
sorprendió la astuta bala. Y los bosques desde entonces
en ausencia de sus trinos se enfermaron de silencio!

Y eres bella. A fuer de todo Dios te dió mucha belleza.
Mas, ¿qué vate a tu hermosura comparóla con el cielo?
¿Quién cantó de tus miradas la pureza inmaculada?
quién habló de tu inocencia en el alma de sus versos?

De artificio revestida, nadie al verte se emociona,
nadie sueña de tus ojos al fingido sentimiento,
ni enterneces cuando vuelves ese frívolo semblante
con la risa tentadora que estudiaste ante el espejo.

Nada dicen de sensible tus ojeras pronunciadas,
ni tus labios embriagados por el zumo del cerezo,
aunque bien lo sabe el mundo, ¡cuántos pobres corazones
cautivaste, traicionera, en las redes de tu gesto!

Y aunque tienes esa cierta languidez de las beatas,
cuando enferma de pecados, te retiras a los templos,
más que en busca de un santuario, me parece que agobiada
al Leteo te encaminas, por las puertas del Averno.

Y aunque sueñas al bostezo de las sedas voluptuosas,
y desbordas sensualismo, sólo causas el efecto,
cuando cruzas fascinante los alegres boulevares,
de la flor que se deshoja noche a noche con el viento...

RATOS DE HISTERIA

Así como ella era, nostálgica, tediosa,
vuelve de vez en cuando a mi imaginación
la tarde en que aplacando mi soledad, nerviosa
crucé sobre la acera del muerto callejón.

En el misterio largo de la quietud pasmosa,
hilaba sus acordes un lánguido acordeón
y yo, que recordaba, no sé qué vieja cosa,
sentí en aquel murmurio, como una evocación.

Las casas, con las puertas negras entornadas,
por las que el viento frío lanzaba sus baladas
habláronme de tumbas; la tarde oscureció,

y como comprendiendo mi rumbo y mi destino,
durante aquel trayecto de vago peregrino
un perro de ojos tristes aullando me siguió.



CONFIDENCIA A ELEONOR

El doliente coloquio de las hojas escucho ;
es de tarde y yo siempre quise a la tarde mucho
porque tiene la historia de mi triste pasado
la primera hoja blanca que su paz me ha inspirado.

Llora el bosque en su larga procesión de reproches
que no cesa en las sombras, que no calla en las noches :
y me traen recuerdos aquellos misereres,
de perdidos amores y lejanos quereres. \

Bajo el techo flotante de la bóveda verde,
mi dolor se agiganta, mi memoria se pierde,
y al violáceo aleteo del crepúsculo, siento
que me agobia la vida de tanto sentimiento.

Oh! más feliz humana tal vez hubiera sido,
sin nunca haber ansiado, sin nunca haber querido :
con el hielo en el alma y el corazón de hielo
vivir para las horas de este mundo sin cielo.

Con la quietud aquella de las estatuas yertas,
de esas que siempre reinan porque viven desiertas;
que no saben de dichas, que no saben de penas,
porque no tienen sangre, porque no tienen venas.

Con el invierno largo de su lánguido frío,
sin entrañas humanas dentro el cadáver mío,
hubiera amado el mundo, hubiera sido amada,
porque después de todo, ¡todo en la vida es nada!

Pero es tarde, tan tarde como la hora ésta.
Mi espíritu se aísla, se enferma la floresta.
Lloran quedos los vientos y yo clamo con ellos
por las cosas huídas, por los tiempos aquellos...

Dáme, hermana, tu apoyo. ¡Cómo tiemblan las hojas!
Es que el otoño pasa... ¡No sientes sus congojas?
Yo también tiemblo mucho, pero nunca he caído,
y a pesar de estar muerta ¡cuánto tiempo he vivido!

Oh! que envidia me inspiran al llegar a su ocaso.
Yo ni siquiera aquello... El traspie de mi paso
este feliz sendero de las cruces, retarda,
y aún no sé si la mía, si la mía me aguarda.

Y tú, hermana, que sabes de esta lenta agonía,
si mañana despierto, ¿me querrás todavía?
Tengo miedo al mirarte que a mi angustia desmayas,
que también tú te enfermes...: que también tú te vayas!

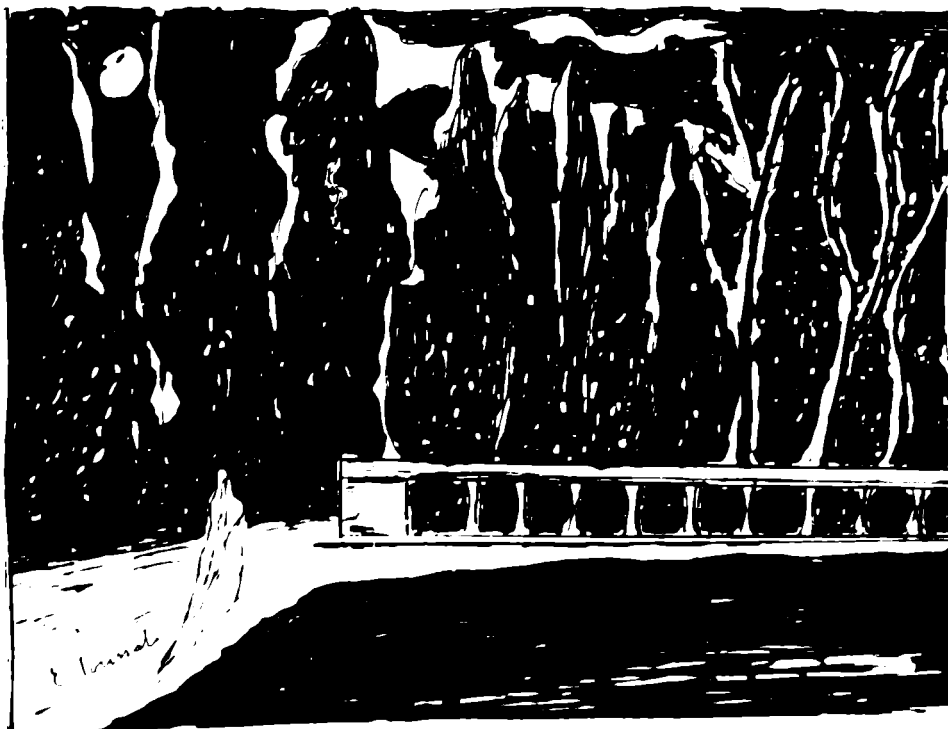
EL EXODO CERCANO

Un día mi cortejo tomará esta alameda
en aras del ligero crepúsculo lunado;
me habrán puesto un soberbio atavío de seda,
un Cristo entre los dedos y un velo perfumado.

Al llevarme, los ecos repetirán la queda
plegaria le la Muerte, musitada a mi lado.
Una blancura de hostias flotará en la arboleda...
Mi ataúd, todo lirios, ¡quizás por quién llevado!

Me iré, desvanecida, hacia aquellos cipreses,
a prolongar la noche de tantas languideces
junto a la cruz amante que su ritual me enseña.

Y en la andariega pausa de aquel adiós, al verme
se agruparán las sombras para decirse: ¡duerme!
mientras la luna, a solas, se irá diciendo: ¡sueña!



MEMORIAS TRISTES

Por qué desde aquel día
los bosques lloran al mirar el Cauca?

I

Vése en la tarde, cuando descuelgan
de los confines mantos de grana,
y se adormecen las codornices
entre el ropaje de las acacias;
cuando se mueven
y se desmayan
las hojas frescas de los bambúes,
cuando la lumbre del sol se cuaja.
Vése flotando, casi invisible

por las montañas,
sombra que crece
que disminuye, que se agiganta;
e interrogando valles y montes
ríos y vegas, huertos y playas,
como dudando
si la esperaban;
busca algo incierto
que nunca alcanza,
algo que corre cuando ella corre
y se detiene, cuando descansa...
Sueño o suspiro,
duda, esperanza,
fe que se extiende
sobre dos alas
hasta los muros de una vivienda
blanca, muy blanca,
casi suspensa de los ramajes
cual nívea garza.
Allí la sombra
cesa en su marcha,
allí sus formas
toma aquel alma;
y en los narcisos de los canteros
ya moribundos por la nostalgia,
en los guaduales aletargados,
en los estanques de muertas aguas,
en los aromos de los caminos
que hacen guirnaldas
cuando se besan,
cuando se abrazan
a los empujes
de enfermas auras;
con la tristura de algún pasado
late el recuerdo de sus miradas...
Y el sentimiento toma expresiones;
y todos hablan

aquel idioma que solamente
saben las lágrimas!

II

Es la heroína de aquel poema
que con sus tardes escribió el Cauca;
la triste novia
que vuelve en alma
a la vivienda de los amores,
por sus azahares de desposada;
en la hora mustia
que en las malezas los tigres braman
y a despedirse bajo los sauces
corren las aguas;
en la hora quieta
que todo piensa, que todo acalla,
y se enternecen las azucenas
en el lindero de las barrancas...
Y hay agonías
de rosas castas,
todas vertidas, cual corazones
en el momento de la fragancia.

III

Un eco humano cunde a esas horas
por las florestas abovedadas;
algo tan grave como un suspiro
que se percibe, que se difunde, que se desmaya
hecho materia
bajo las palmas.
Entonces, leve,
la sombra alada
interrogando viene y se acerca
mira y se espanta,

flota y se aleja
como asustada;
porque dormitan los ventanales
bajo las lianas
y las alondras se recogieron
en el repliegue de las tacuaras.
Porque sollozan los eucaliptos
que viven solos tanta añoranza,
y hay un aroma que invade el huerto
con el perfume de lejanías momificadas.
Porque no sienten
cuando ella llama,
ni él ya le espera
en el recodo de la fontana,
donde su perro guardó el idilio
en la andariega noche lunada...
Y musitaron sus misereres
los higuerones, como visiones ensimismadas
en la lectura de los misales
que repetían con voz asmática.

IV

¡Cuánto recuerdo late en la ruína
de aquellas tapias!
Cuántos ensueños diluye el viento
en las azules extremidades de las montañas,
desde aquel día que ella durmióse
tan solitaria,
y como lirios languidecieron
sus manos pálidas,
sus manos frías,
sus pobres manos marmorizadas
en el arrobo de una caricia,
en la tristura de una plegaria!

V

Y vése luego, cuando el abismo
flota en los huecos de su garganta
y por las rejas de los palmares
huye el coloquio de amantes hadas;
sobre los valles estremecidos,
cual tenue gasa
que se disipa,
que se recoge con giros de ala,
que duda y piensa,
que se aventura y al fin se apaga;
lenta, muy lenta
flotar el alma,
la astral silueta de aquella novia
toda balsámica,
que vá a asilarse como una estrella
en las penumbras desfallecientes del indo Cauca.

VI

¡Pobre María!
¡Cuánto te he amado, cuánto te amara!
—Efraín dijo—y ella murióse
mientras los valles hicieron eco de estas palabras.

Y desde entonces, todas las noches
hay en los bosques epitalámicos, como una orquesta de
[mustias arpas...

SIEMPRE MAS ALLA...

De la tarde invernal en la agonía
voy cruzando la calle solitaria,
llevando en el olvido, por amiga,
la sombra que a lo largo me acompaña.

Murmuran los plantíos del convento
por cuyo paredón tan sola cruzo,
y vivo en sus sollozos el recuerdo
de muchas cosas que dejé en el mundo.

Retorna al arrabal el pordiosero,
la bestia que le sigue alza un aullido
y el féretro que vá hacia el cementerio
me advierte nuevamente ese camino...

.

Quién me aguarda, qué busco, qué me lleva?
Yo no sé de mi exótico destino;
me parece que hay siempre quien me espera
y más allá del mundo me ha querido!

LA AUSENTE ILUSION

Se quedó en la puerta temblando de frío,
la noche que puse llave al corazón.
Era en un otoño con vientos de olvido
cuando se moría sola mi ilusión.

Por algún momento oí su agonía ;
¡clamaba piedad!
Después apagóse; pensé que se iba,
y me dió tristeza tanta soledad.

Tuve entonces ese impulso nervioso
de verla marchar ;
llena de recuerdos doblaba el recodo...
¡Quien sabe hacia donde se fué a cobijar!

Era en una noche con vientos de olvido,
cuando eché a esa intrusa tan lejos de mí.
¡Sabe Dios si al verla seguir el camino,
no me arrepentí!

LLUVIA DE AROMOS

El jardín es el loto de una onda dorada ;
ha comenzado anoche la garúa de oro,
ayer tarde caían de las rubias acacias
los topacios temblantes del joyel oloroso.

Semejaban de lejos deslumbrantes princesas
en una sala gótica, volcando sobre pieles
de armiños, sutilísimas, sus goteantes diademas ,
después de alguna danza erótica de Oriente.

Y hoy parece que habitan en el bosque los astros ;
que está el sol en la fuente, que es la gruta una estrella,
y discurro costeano el anillo del lago,
al que baja el camino cual luciente cometa.

LA CANCION DE LAS NUBES

La muerte

La tarde, de rodillas, besaba sus ojeras
azules, de cristal;
y en la ventana abierta
el viento que era un monje leíale el misal.

Los lirios musitaban, responsos de querubes
temblando en el jarrón,
y un vaho de perfumes
subía a las estampas, ahumando una ilusión.

Cuando la luz muriente uni6se a su agonía,
y fué un anochecer,
aquel imperceptible crepúsculo de vida
y el otro oscurecer...

Cogió mis rosas blancas, abrió sus ojos puros,
y en esa santa paz
me miró mucho... mucho...
¡Para no verme más!

El recuerdo

Llueve; como la tarde que te fuiste, la lluvia
va dejando en las rosas una lágrima azul.
¡Oh! mi cabeza rubia,
cuanto te parecías a este tiempo sin luz.

Como una sombra blanca del cielo de mi vida,
cruzaste temblorosa mis jardines en flor;
cuando estabas dormida
te imaginé una nube caída tras el sol.

A veces te recuerdo lejana y silenciosa,
extática, mortal;
y pienso que tú has sido la errante nebulosa
que se esfumó en la noche del eclipse lunar.

Entonces, como en este crepúsculo lluvioso,
te espero, te vislumbro, te miro difundir.
Y creo que ha pasado su espíritu lloroso
rondando mi confín.

La esperanza

¡Oh si lloviera siempre como hoy llueve... Si nunca
transformaran los cielos su enferma palidez,
y fuera el agua música,
y los senderos canto, y humedad el ciprés.

¡Oh! si jamás se fueran las sombras del espacio
donde se espeja el alma de tu mirada astral,
y tuviera el ocaso
eternamente abierto su divino tendal.

Tal vez me hubiera sido como un beso la muerte;
ya que en ese país
donde el aire es espuma y el viento miserere,
te ha creado mi pena otra vida feliz...

Y pensando que en esas floraciones del éter,
te acercas, me contemplas, suspiras y te vas...
Como las miro siempre,
¡para no verlas más!...

BESOS DE LUNA

Diana viene en las noches al jardín de mi ensueño
y penetra el arcano de la sombra. Me quiere.
Del extinto pasado me conduce el recuerdo,
mientras Céfiro, suave, las cenizas conmueve.

Yo la miro a la reja de los altos arbustos
asomarse risueña, cuando en pos del ocaso
marcha Apolo, su hermano, remontando otros mundos,
y ella va a despedirle sobre el cielo violáceo.

Siempre trae el cortejo de temblantes estrellas,
y a la par que visita las penumbras del bosque,
yo me duermo en el césped de la sola alameda,
arraigando en el alma la quietud de la noche.

Cuántas veces trajiste mis memorias ¡oh, luna!
Cuántas horas perdidas tu deidad me ha devuelto!...
Gracias mil, viajadora de la calma profunda,
por el hálito triste que dejaste en mis sueños!



EL DIVINO DOLOR

Doctrina del amor incomprensible,
ideal y razón ¡lucha del alma!
Si así camino, por ventura, dime
¡oh! santo Dios, ¿dónde estaré mañana?

¿Es realidad querer o es un enigma?
¿A qué destino la ilusión nos lanza?
Por dónde voy ¡oh cielo de mi vida,
ya de mis propios cielos olvidada!

¿Encierra esta ternura un sentimiento?
¡Pero qué son entonces estas lágrimas;
qué esta inquietud continua, qué este duelo;
qué esta intuición de venideras causas!

¡Corazón! ¡corazón! rosa salvaje
que entre perfumes tu existir exhalas,
si te hace mal latir, ¿por qué así lates?
si te debes verter, ¿por qué no sangras?

¿Me llevas al abismo con tu impulso?
¿Llego al soñado edén sobre tus alas?
¡Sólo sé que te sigo por el mundo,
que me haces mal y que tu ardor me abrasa!

Mas preciso de tí, cántaro inmenso
donde se anima la pasión hierática;
dame para beber de tu veneno,
no me importa morir envenenada;

sabiendo que abusé de tu profundo
cuando sedienta de agotar mis ansias
traje todas las horas al minuto
para acabar mi vida entre tus llamas.

DESILUSION

¿No conoces, amigo, la noche de inquietud
y el insomnio pesado que secunda un dolor?
No debe serte ajena si tienes juventud,
lo has de conocer mucho si has sentido un amor.

¿Nunca una sombra ausente te ha venido a mirar,
y en el silencio un eco te ha parecido oír?
Debes haberla visto si has sabido llorar,
te debe haber hablado si llegaste a sufrir.

¿No sabes, pobre amigo, del suplicio de amar :
de la fiebre y el frío que abraza el corazón
cuando a perder se vuelve lo que costó encontrar?

¿De esa lágrima ardiente que te obliga a gemir?
Si no ahondaste el vacío de una desilusión,
tú no has vivido nunca, tú no sabes morir!

EL CONCIERTO DE LA PLAYA

Los pinos cantan, cantan sobre el agua del mar que
[los escucha;
son rivales.
De noche entablan dolorosa lucha,
se retan y se aclaman, sollozan y se admiran,
y al fin, como rendidos, se abrazan y suspiran
tirando a las arenas sus tiorbas musicales.

Oh! si venir pudieras
de tarde a las riberas,
y trémulo escucharas el lúgubre lamento
del agua con el viento,
sentado al lado mío!
Si un día, por ventura, no hiciera tanto frío
allí, donde tú duermes, y llena de tristeza
posaras en mi hombro la pálida cabeza
sedienta de armonía!
¡Que cosas tan divinas la playa nos diría!...
Que buenos y que amantes
pudiéramos sentirnos tan solos y distantes,
allá en nuestro himeneo de fúnebres destinos,
teniendo sobre gradas de dunas, blanca alfombra;
por lámpara bendita la luna de la sombra
y por armoniums sacros las olas y los pinos.

¡Oh! si a venir llegaras!
Si un día despertaras
del sueño que te postra, y así, con esos velos
surgieras del ramaje, del agua y de los cielos,
poblando el infinito...
Si un día percibiera mi vida lo inaudito;
y el monje de las calmas
uniendo nuestras almas
leyera en el espacio sus místicos misales;
si en noche no creada, mis santos esponsales
tu estrella me anunciara;
¡qué hermosa te esperara
allá, frente al santuario profundo de los mares,
muriendo como un débil concierto de pinares!



DELIRIO AZUL

Abandonadme aquí con mi histerismo,
donde el misterio la razón provoca.
Quiero arrancar el canto del abismo
palpitando en el verso de su boca.

Dejadme aquí, sobre el sepulcro mismo
de mi disgregación, como una loca
postrada en su fatal romanticismo.
¡Yo soy la nueva Safo de esta roca!

Quiero latir como un laúd de arena,
amar al sol, volverme una sirena,
vivir del mar idílico secreto.

Y cuando a la añoranza de otras lunas
volváis por mí, buscadme entre las dunas,
y arrojad a las olas mi esqueleto.

CAMPOS ELISEOS

Ibamos a llorar, no se que pena,
íbamos a sentir, que amor, lo ignoro;
sobre las dunas frías de esa arena,
bajo la lluvia de esa estrella de oro.

Ibamos por que sí. Nuestra alma llena
por vida tanta, de inquietud y lloro,
necesitaba aquella muerte amena
para hacer comunión de su tesoro.

Y nos fuimos... ¿Recuerdas si en la ida
hemos llegado nunca? Aún desconoces
como yo aquel Leteo en que se olvida?...

...Nos esperaba un sol de bienvenida
y atrás quedaba un nubarrón de adioses!

NOCTURNO DE ABRIL

Sopla un viento otoñal, de la hojarasca
que entreteje el techumbre de la acera,
surge una letanía solitaria
de voces que en la noche se lamentan.

Llora Chopín en las hiladas notas
del piano triste que en la alcoba suena,
y en el lenguaje mudo de las Sombras
converso, del balcón, a las estrellas.

Cuanta hermandad ¡oh, Dios! que semejanza
entre mi alma y esta hora enferma,
entre mis sueños y el ciclón que pasa,
entre mi vida y esas hojas secas!

Me resisto a creer que en este mundo
no han nacido conmigo las tinieblas,
que no es dolor de cierzos el que sufro,
ni es por mi frío que el follaje tiembla.

Que no soy aquel ritmo quejumbroso
que el alma artista del delirio crea,
o el eco encarnizado de su lloro,
o el corporal otoño de la tierra.

Me resisto a dudar, ya que al pensarlo
me convence de nuevo en mis ideas,
la Muerte que suspira en el teclado
con la agónica paz de mis tristezas...

Sopla un viento otoñal, de mis recuerdos
van a morir las últimas quimeras,
y como idiota, sin gemir, contemplo
la racha del olvido que las lleva.

A lo largo del muro, los faroles
vierten su luz aislada en línea recta,
como incendiados "funis" que en la noche
guían cortejos de beldades muertas.

Y recalcando aquel paisaje triste
sobre la calle húmeda, atraviesa
como siguiendo un amo imperceptible,
el perro hambriento que el tapial costea.

!REVERTERIS;

Yo he pasado por ese día de inexistencia
que el alma enajenada nos procrea en la tierra.

Yo he vivido las horas del latido incorpóreo,
cuando es un ser aparte el espíritu solo.

Yo he sentido en mis nervios el histérico impulso
de esfumarme quemada en la pira del mundo.

Y jugué con la sombra de una noche muy fría
ese signo funesto que nos vence en la vida.

Yo he sufrido la crisis de las ansias supremas,
y fuí astro y fuí abismo, y al hendir la tiniebla;

derrumbé mil mirajes, abrazándome al viento,
apilé sus escombros para alzarlos de nuevo,

y después, sin pensarlo, me enterré con la ruina
de las torres que nunca había visto erigidas.

Yo he pasado por esa expiación del destino;
fuí cadáver un día y he habitado su olvido.

El Jordán del instante me ha bañado en sus aguas,
he nacido en lo Eterno, y allá estoy bautizada!

RESURRECCION

I

Vuelvo por tu regazo, madre mía,
como a las gradas de un antiguo templo
donde dejé una tarde, olvidadiza,
el Cristo de la fe bajo los velos.

Vuelvo por tu regazo, madre santa,
en el mutismo de la noche exótica
rema hacia tí la nao de mi alma,
triste, desierta, redimida, sola...

Te imagino un albergue silencioso
donde viví soñando en otros tiempos:
el de las lunas y los soles de oro,
el largo estío y el templado invierno.

Una casita buena, la que un día
me vió partir con lágrimas de lluvia
a través de sus tapias florecidas,
la que no quiso despedirme nunca:

y me esperaba aún, toda ruinosa
con el blancor divino de sus muros,
cual vislumbrando mi proscripta sombra
a la vuelta silente de los mundos.

II

¡Como te siento ya desde mi nao!
Al fondo de la ruina
suena tu voz serena como un canto
que está diciendo ¡olvida!

Olvida y ven a mí, ¡cuanto has sufrido!
Y así diciendo con tu mismo lloro
me perfumas los rizos
y me enjugas los ojos.

Ha brotado una flor en las cenizas...
¡Dios vive todavía!

Todo fué una ilusión. Destino, boga.
Adiós, pobre ventura.
Me parece que nazco en esta hora,
que voy hacia mi cuna...

Siento humedad de lágrima en el seno;
¡lloran por fin las nubes de otros cielos!

¡Cómo os percibo ya, tules beatos,
pupilas tristes y cabellos largos
del materno perfil,
en esa catacumba del Pasado,
cual la viviente estampa del santuario
donde vuelvo a morir!...



SACRA RELIQUIA!

La casa se quedó sobre la roca
frente a la inmensidad
profunda del oleaje. Estaba sola,
así como una torre monacal;
tan grave, tan silente y religiosa.
Ermita y palomar.

Desde el recodo me volví a mirarla
por la postrera vez;
un abrazo de sombras la alejaba...
y al diluirse en el vago atardecer,
solo quedó flotando tras la tapia
la clámide nocturna del laurel.

Templo de paz donde dormí mi sueño;
bosque de vaguedad, senda de amor,
¡qué pálida y qué dulce te recuerdo
casita de ilusión!
con el aroma suave de tus huertos
y el canto de tu playa tornasol.

Siempre tan blanca así, frente a la espuma,
en el arrobo de mortal quietud
como supiste estar! Novia difunta
que con las manos sobre el pecho, en cruz,
aún parecías aguardar las nupcias
enamorada del confín azul...

VESPERTINA

Vá a morir la tarde. Monótonamente
hila el viejo piano su suave gemido,
y hay en los arpegios de ese triste "Ausente"
algo que me habla de lo que se ha ido.

Sobre las magnolias del jardín silente
un pájaro vuela contorneando al nido,
y la nube rosa que vá hacia el poniente
me parece un sueño que ronda el olvido.

Siento languideces; mi labio murmura
algo incomprensible. Sobre la juntura
estrujó las hojas que alcanzan mis manos.

Me enferma la hora; la tarde se muere,
y hay en los plantíos como un miserere
de mudos suspiros y besos lejanos.

SUBURBIO AMIGO

Oh! calle arrabalesca, cuánto he llegado a amarte;
acaso porque vives siempre tan pobre y muda
y la tristeza mía se decidió a habitarte
con su miseria larga, con su obsesión desnuda.

Encuentro en mi camino los mendigos temblantes,
los bohemios enfermos de la vagancia eterna,
las bestias moribundas de miradas errantes.
las sombras extenuadas que dejan la taberna.

Y oigo venir a veces en el viento dormido
una que otra lejana murmuración de cuerda,
como el ¡ay! desmayado que surge del olvido
en el instante aciago que el corazón recuerda.

Complázcome en cruzarte, cuando a la luz postrera
tus pálidas casuchas están como añorando,
y vuelve a su refugio la vieja pordiosera
con el hético perro que le sigue ladrando.

Cuando aquel pobre joven, que es artista y mendigo,
deja latir las notas de su guitarra mustia
y llega hasta la acera, en el silencio amigo,
imploradora y grave, la canción de la angustia.

Cuando rielan confusos los faroles aislados
y el chirriar de las ranas en el hueco hace un coro,
y después se suceden momentos acallados
en los que se diría que se contiene un lloro.

Cómo he llegado a amarte, arrabal solitario,
por esta pena tuya que a mi dolor se hermana...
Ya cruzar tu recodo se me hace necesario,
ya vivir en tu ambiente me es cosa más humana.

HORAS PROFUNDAS

Hablar de sobremesa con el antiguo amigo,
de cosas de la patria, mientras arde la estufa,
y a la dulce nostalgia de los momentos íntimos
monótono se une el rumor de la lluvia.

Recordar los lugares por donde huyó la infancia,
con esos pormenores propios de la inocencia
en que siempre aparecen viejas enmarañadas
y perros vagabundos que atraviesan la escena.

Y mirar las caritas infantiles que escuchan
con las bocas abiertas, en sublime embeleso,
la fábula temible de aquella loca bruja
que vivía en la cueva detrás del cementerio.

Ver erguirse al abuelo con su bastón temblante
y a través de una pausa, con jovial entusiasmo,
evocar esos días entre mil ademanes
tras un gesto que a veces desentierra el pasado.

Y escuchar sus relatos, porque él todo lo ha visto
y todo lo conserva bajo esas hebras blancas,
y después producirse el silencio contiguo
en que el largo misterio de la impresión se ensancha.

Y se bajan los ojos y se arrugan los ceños,
como si en el retiro de aquel instante mudo
cada espíritu a solas le preguntara al tiempo
por aquellas venturas que nos llevó del mundo.

¡Qué placer religioso, qué santo regocijo,
cuando entre aquellos dulces, pálidos recordares,
con sus lluvias aisladas, con sus vientos proscriptos
cual también añorando, se prolonga la tarde!

EL NUEVO LIRIO

Rizos paternos que os estáis nevando,
búcaro mío que el invierno azota;
rosas amadas que ya os vais secando
como en el leño de una rama rota.

Llorar no quiero, pues estás más bella
frente querida, en esa astral blancura;
pero tampoco celebrar la estrella
tras la que siempre el extertor supura.

¡Cuánta pureza al nimbo consagrada!
¡Cuánta ilusión bendita, deshebrada
sobre esas sienes! ¡Cuántos desengaños

canta tu verso, pálida cabeza,
hoy que temblante en su jardín empieza
la floración divina de los años!

AGONIA DE AMOR

La rosa marchitada por mi seno
inclinóse entre el tul, lánguidamente;
como suele enervarse en el recuerdo
la sombra de un pasado que se muere.

Traté de contenerla, pero en vano;
un constante temblor la desmayaba,
con mi fiebre la había contagiado
y ella murió en el éxtasis del alma.

Sobre los pliegues del encaje níveo
contemplé silenciosa aquella muerte,
como a veces se mira en el olvido
los sueños que pasaron para siempre.

Y vertióse la flor, hoja tras hoja,
en el deceso azul de su capullo;
como la sangre dió, gota por gota,
el corazón que suspiró en el mundo...

... Después ¡tan triste! me volví a mirarla.
En su pudor de eternecida novia,
la pobre, como aquella enamorada,
estaba muerta y exhalaba aromas!



PASTORIL

Me gusta ser la ninfa temprana del plantío,
perderme, juguetona, por curvas de palmeras,
y sosprendiendo amante los vergeles dormidos
arrancar una rosa y enredarla a mis trenzas.

Aún en horas lunares, me deleita sentarme
a la márgen sombría de una extática fuente;
concebir en el alma la humedad del follaje
y sentirme el sollozo de una estrella que muere...

El flotar de palomas sobre el lago, me encanta;
y al huir despertando los ensueños del bosque,
en mi espíritu siento la pasión de las hadas
de espejarme en las linfas y jugar con las flores.

Cuanto alado perfume me revela el secreto
de esas hojas sensibles al amor del rocío,
cuando viene en las brisas una orquesta de besos
arrullando la danza de mi agreste delirio.



ALBA SERRANA

Lentas, graves aparecen, perfilándose en la clara
lejanía de los cielos, las vecinas del cenit,
y del lecho de la noche las mesetas se levantan
apartando las penumbras con sus brazos de turquí.

Trae el viento, de los valles que aún dormitan a la
del azul desfiladero, larga y rústica canción [sombra
por los ecos prolongada; cuchicheos de palomas
y plañidos de hojarasca que confunden su clamor.

Poco a poco desaparecen, como cirios que se apagan
a la luz del nuevo día, las estrellas del confín;
y la luna que agoniza palpitando tras las ramas,
palidece imperceptible como un hábito monjil.

Han pasado los halcones que comienzan su visita
a los páramos linderos, en demanda de una res,
y se escucha el aleteo de sus plumas fugitivas
sobre el hálito advertiente del cercano amanecer.

Serpenteando entre las peñas de la falda, se desliza
suavemente, extrepitoso, lento aquí, veloz allá,
el arroyo rebelado que los cóncavos salpica
estrellándose en las rocas del confuso pedregal.

Y se escucha entre los sauces, sollozante, lastimoso,
el chasquido de las aguas que terminan de caer,
mientras surgen los vapores de los húmedos escollos
y prolonga la mañana su llorosa sensatez.

Filtra el sol el nebuloso subterráneo de las grietas
y a la par que el lampo alumbra la guarida del jaguar,
se repite por los antros tenebrosos de la sierra
el ladrar de la jauría que se acerca al pajonal.



EL PASEO DE LAS MUSAS

Es la hora de las Híades; temblantes
aparecen en el cielo sus siluetas,
y del fondo de sus velos palpitantes
aún parece que las lágrimas gotean.

Vuelve al Tártaro la Noche. Alumbra Diana
el camino de la lúgubre viajera,
y hay rumores de una música lejana
en el largo laberinto de la tierra.

Yo me voy hacia las cumbres del Parnaso
Con Euterpe y con Erato. Flora tiembla;
junto al linde de Castalia está el Pegaso,
y las Musas que me traen son muy buenas.

Me habla una de conciertos nunca oídos,
y la otra de odas miles me conversa,
y parece que al hablar, enternecidos
se chocaran los murmurios de dos cuerdas.

Hilos de agua se desatan silenciosos
a la vera del sendero en que me llevan,
y Ellas dicen que hay espíritus llorosos
que en el fondo de las aguas se lamentan.

Son hermosas; tienen nimbos de corales
que le ciñen las sedosas cabelleras,
y parece que temblaran mil rosales
cuando el palio de sus vestes se despliega.

Van asidas de mi brazo. Es todo espuma
lo que dicen, lo que miran, lo que piensan,
y hay momentos que se abisman en la bruma
sus miradas, indagando a las estrellas.

Dice Euterpe, con sus hálitos quejosos,
que hasta el cielo es una música, y se queda
como oyendo en los vacíos rumorosos
una voz que la conmueve y que le cuenta.

Y prosigue que en los lagos y las fuentes
hay un arpa, cuyas notas solariegas
arrancadas por dos manos penitentes,
de pasiones a las náyades enferman.

Y más pálida y más suave a cada trecho
extasiada en los cantares, se pasea.
Hay armónicos suspiros en su pecho
que al contacto de las ráfagas se quiebran.

Dice Erato, que del cáliz de las ondas
en las horas del crepúsculo, se elevan
almas núbiles que van cual nubes blondas
a perderse en el temblor de las palmeras.

Que ha mirado en los parleros surtidores
labios púdicos de bocas entreabiertas,
senos blancos, como el ámbar de las flores,
corazones que palpitan y que crean.

Que ella ha visto desmayarse en los jardines
muchas hojas, en las tardes andariegas,
y esfumarse un pensamiento en los confines
como un pájaro celeste que se ausenta.

Que ha bebido el luminario de los astros
en el vuelo de unas alas semietéreas,
y que ha visto brotar rosas en los rastros
que dejando va Cupido por la tierra.

Que ha sentido de la oscura catacumba
entreabrirse el tumulario, y surgir muertas
las ebúrneas prometidas de la tumba,
que tuvieron ilusiones y que esperan...

Y en tan grata confesión, embebecida,
me conducen, me perfuman y me llevan.
¿Quién recuerda en este instante de la vida?
Todo es cielo, todo es Dios. ¡todo poema!

Es la hora de las Híades; llorosas
vuelven todas al profundo de las selvas,
y me cuenta Urania, triste, muchas cosas
de esas pobres que ya nunca se consuelan.

Eros surge entre las sombras y me mira.
Un moral está sangrando en la tiniebla,
vierten galas los ramajes, y en la pira
el incienso expide aroma de violeta.

Cruza Diana, de Endimión enamorada,
hacia el antro de la gruta en que la sueña.
Si perdió su castidad por ser amada
una Diosa, ¿qué mortal no la perdiera?

Y yo siento que se arroban mis sentidos,
que me llaman sobre el mundo cosas nuevas.
Pero sigo... por los bosques adormidos,
recostando sobre Euterpe la cabeza...

OCASO INVERNAL

Pasan de mañana, cuando el sol asoma,
y en la tarde muda, cuando el sol se vá;
por la carretera que las vegas corta,
los pobres que viven mendigando el pan.

Y aunque el viento silbe gimiendo en las tejas,
siempre en el camino se alcanza a avistar
aquel triste cuadro de tanta miseria;
el anciano, el niño, la bolsa y el can.

¡Cuántos desengaños para el buen aldeano!
¡Cuántos sinsabores para el niño yá!
Por aquel mendrugo ¡cuánto han caminado!
Y aún así quien sabe, si hoy no cenarán.

A la luz escasa que el fanal enciende,
hay veces que tarde suelen retornar,
y es algo que apenas sentir como advierte
el perro que ladra porque es noche yá.

¡Cuántos sinsabores por vivir la vida,
por cûmplir un sueño. ¡Por saber amar!
Y aún así, que miedo de morir un día
por aquel pequeño que a su lado vá!

Tal, bajo la nieve que incesante cae,
presagiando el viejo su fin, pensará
que la muerte llega demasiado tarde,
pero que aún no quiere, por su hijo, marchar.

Y en la gris nostalgia de la tarde fría,
mientras brama el viento que viene del mar,
es un "Triste Ocaso", que el cincel inspira,
el anciano, el niño, la bolsa y el can.

BEATO AZUL!

Yo no quiero esós ojos de mirares traviesos,
ni esos labios que viven palpitantes de besos.

Idolatro la boca que jamás he besado
y los ojos que sueñan... ¡porque siempre han soñado!

Yo no quiero el mancebo que me cuenta querereres;
amo aquel que a lo lejos alza sus misereres.

El que oculta su rostro cuando quiero mirarlo
y no quiere que lo ame, pues jamás sabré amarlo.

Yo no ansío, ni escucho las palabras amantes,
quiero la dicha ausente, los amores distantes.

La cruz lívida y negra que me dice ¡se ha muerto!
el jardín desolado, el camino desierto...

Las casuchas, los parques que remembran y lloran,
los enfermos que pasan, los enfermos que añoran.

Esas tardes que sueñan sobre azules espejos
y un guardián que me diga al oído ¡está lejos!

Amo el mudo recuerdo, la quietud de las cosas,
los suspiros que dejan al morirse las rosas.

Y allá oculto en las peñas de una gruta que asombra,
un poeta que quiera, ¡pero solo mi sombra!

Que recorra a serenas su bejel por los mares
y él murmure en la lira, nunca oídos cantares.

Que me cuente su vida desde un páramo aislado
escribiendo la historia sobre un Icaro alado.

Que me quiera con salmos y elegías y lloros,
que las náyades blancas me repitan en coros.

Y una noche, cantando como noche ninguna,
que se muera adorando mi sonrisa en la luna...



NAZARENA

Te ví en tu harem suntuoso, sobre el diván tendida.
Manaba el incensario la mirra en espiral,
y mientras en un sueño de oriente, te sumías,
del monte de palmeras se desprendió un faisán.

Bailaba aquella esclava de Salomé vestida,
la Danza de la Muerte, sobre glacial tapiz;
y abanicando el aire, desde un rincón la india
fantástica, agitaba las plumas de turquí.

Llegaban desde el viejo jardín murmuraciones
de plátanos suspensos al viento besador,
y el rosa de la tarde muriéndose en la noche
dejó sobre tu estancia un soplo de ilusión.

Abrió el faisán coqueto el oro de sus alas,
al platanar volviendo. Enmudeció el laúd;
y dando fin al baile, la eterna enamorada
cayó languideciendo sobre argentado tul.

EL PINO FANTASMA

Ayer, llevando la sedosa veste,
crucé del oquedal las arquerías;
la sombra alaba su mantón celeste
y el bosque tuvo languidez de ninfas.

Añoranzas de idilios fenecidos,
llevábanme llorosa a esos lugares...
¡Oh! cuanto incienso de santuarios idos,
aroma los desiertos oquedales.

¡Cuánto recuerdo llévanos del brazo
por esas curvas de la andanza muerta!
¡A cuántos trechos desfallece el paso
y se fatiga el corazón y piensa!

La fragancia sutil del laurel rosa
abrióme el ataúd del pensamiento.
¡Cómo debí sentirme temblorosa
al respirar la exhalación del sueño!

El alma del ayer me interpelaba,
desde la brisa andante, en un suspiro;
y yo no sé ¡por Dios! que contestaba
al darle cuenta del pasado mío.

Vagué como una póbrecita penitente
en un clamor mis penas confesando
con algo de aquel éxtasis elemental
que dejan las beatas por los claustros.

Vagué toda la tarde pensativa.
Y cuando el pino se abrazó a las sombras,
con la tristura de una voz votiva
el viento vino a preguntarme: ¡Lloras?

Y DESPUES DE ESA TARDE...

I

Yo sentía en las noches, bajo el cielo de plata,
el murmurio lejano de mimosa sonata
que a mi huerta traían vagabundos los vientos.
Un volar de suspiros, un correr de lamentos...

Sobre el marco desierto de la oscura ventana,
al oír la soñaba con la historia pagana
de las novias sensibles, de los tiernos troveros,
que pasaron en naves por los mundos de Eros.

Y creí ser amada como aquellas princesas,
a través de los lagos y las frondas espesas,
con la dulce nostalgia de un amor abnegado
que latiera en la vida de un inmenso pasado.

Y cruzaban las noches, cada vez más hermosas,
cual la hora del sueño en un mundo de rosas.

II

Esa vez que él me había confesado su pena,
apoyando en los labios una blanca azucena
que temblaba en la sombra como un beso de armiño,
cuando olvides — me dijo — tan sublime cariño,

marchitado cual ella moriré lentamente...
Se empañaron sus ojos y nublóse mi frente.
¡Pobre sueño de alas al acaso batidas,
ilusiones errantes en el vuelo perdidas!

Y una vez que el bosqueje como un palio flotaba,
por saber si era mío, por saber si me amaba,
no salí de sus cuerdas al quejoso llamado.
Si era flor lo quería cual la flor deshojado.

Y cruzó aquella noche del ¡adiós! presentido,
cual la hora del beso al dintel del olvido.

III

Ha pasado el idilio. Tras la oscura persiana
sufro mucho y recuerdo... Triste nota lejana
de una música muerta trae el eco perdido.
Y hoy viviendo la ausencia ¡tarde sé que he querido!

¡Fué la dicha precaria, fué el adiós prematuro;
más que importa al que vive de un ensueño tan puro
que el incienso se apague sobre el mármol de hielo?
¡Para nupcias de almas hay los templos del cielo!

Ya no vá mi trovero por los suaves jardines;
se ha dormido en un lecho de mortuorios jazmines,
blanco, extático, solo, ¡como yo lo quería!
Mustia y pálida estrofa de mi larga elegía.

Y hoy transcurren las noches, cada vez más desiertas,
cual la hora del llanto en las lápidas muertas.



EL BUHO

Cuando tienen las frondas lluvias de plata
y murmuran las fuentes su serenata,
y a través de una nube que la importuna
como un ojo en acecho mira la luna.

De las sombras silentes, enamorada,
cruza un ave errabunda la noche alada,
cual si en ese momento de su existencia
le impelieran sus cuitas hacia la ausencia.

¡Pobre buho a quien culpan de brujerías!
¡cuánto drama remembran sus alas frías
al dejar en la calma quebrar su llanto!

Cuanto arcano bendito su éxodo encierra,
cuando va como un alma que se destierra
a rondar el olvido del camposanto!



DEL PASADO...

Fué al declinar la tarde. ¿Te acuerdas por ventura de esa postrera cita? La debes recordar, si todavía guardas a aquel ayer cariño, si alguna vez volviste con el pasado a hablar.

Pálido me aguardabas; como una flor caída, la sombra de tu sombra sobre las aguas ví; y aún al sentirme lejos, imaginé al mirarte, que aquella edad de amores resucitaba allí.

Un álamo en las cuerdas del viento anohecido dejó lánguidamente su música flotar, y en la suspensa calma de aquel momento triste vibró de los santuarios el largo campanear.

Tal vez imaginando nuestro cuitado encuentro, cayeron sobre el lago las hojas al temblar; y en la verdad sublime de aquella muerte muda bajaste la mirada para poder llorar...

El sol agonizante murióse en infinito, mancháronse de sangre las dalias del jardín. Por la alameda sola, atravesó un anciano, y el velo vespertino aletargó el confín.

Paréceme que nunca torné de aquella cita, cuando en el agua quieta tu imagen descubrí, y que viviendo siempre aquel último sueño todas las tardes tristes vas a esperarme allí.

LA VOZ DE MI SENTIR

Hasta el último instante alzaré mi doctrina,
hasta el último día predicaré mi amor.
Por las dunas desiertas mi sombra se encamina
y marchó hacia el calvario del último dolor.

Vengo siempre de lejos, soy siempre peregrina;
mi exótica sandalia redime al Redentor.
Entre las viejas sogas lleva polvo de ruina
y el viento borra el rastro de su pie viajador.

Ninguno me conoce, porque hablo en el desierto.
Mi requiem olvidado sobre todo lo muerto
oyen solo las brisas y los astros en luz.

Y para cuando el mundo quiera violar mi pista,
desde remoto día, celosa evangelista,
tengo las catacumbas para esconder mi cruz.

LANGUIDEZ ORIENTAL

Con sus faldas celestes bajo el manto de grana,
entre canteros de oro se pierde la sultana,
Tiene un jardín ameno, embriagado de flores,
por donde sueña y vive sus íntimos amores.

Van rimando sus labios canciones estivales,
que aprendió de las trovas que al pie de los nogales
en las noches de luna, juglares y donceles,
cantáronle templando laudes y rabeles.

Sendas enmarañadas disimulan sus pasos,
las sensitivas tiemblan al roce de sus lazos,
y al cruzar por el puente, cual visión de poeta,
sobre las aguas rosas se borda su silueta.

Caen hasta su seno fantásticos collares
de perlas que los siervos hurtaron a los máres;
son oscuros sus ojos y radiante su frente.
Es una hurí terrena que idolatra el oriente.

Tiene muchos recuerdos, guarda muchos olvidos,
y evocando momentos para siempre perdidos
en las tardes calladas cruza por los verjeles,
como una sombra que huye en pos de los claveles.

Mueve el cisne en el lago su ebúrneo plumerío;
al amparo de un olmo yace un banco sombrío
donde a veces la reina largo tiempo medita,
y en tiempos ya pasados se cumplió alguna cita.

La Hebe blanca y sonriente que en la verde glorieta
surge impalpable y leve del lecho de violeta,
su juventud admira, y al verla tan hermosa
importuna se siente en su templo de Diosa.

Ritmos largos y dulces de cítaras lejanas
modulan en el bajo las rientes fontanas,
mientras en un ocaso de irisados colores
al corazón del bosque vuelven los ruseñores.

Tiene pajes que guardan los pórticos claustrales,
troveros que le cantan arias sentimentales,
pero siempre en las horas del recuerdo querido
busca las soledades de aquel jardín dormido.

Antes, cuando el imperio de su ideal vivía,
tuvo un amor muy grande que late todavía.
Causa de sus tristezas en ese gris presente,
por que ella siempre guarda un suspiro al ausente.

Y aunque palabras tiernas arroben sus oídos
contándole querer, en los tiempos huídos
su pensamiento vaga, su corazón se posa
como las ténues alas de errante mariposa.

¿Qué le importa el bullicio de los regios salones?
Ella adora su sueño, ama sus ilusiones;
y mientras rima el arpa su música tebana,
por los canteros de oro se aleja la sultana...

•

LA CELESTE PROMESA

Pienso que fuiste el canto de una estrella
perdida en el silencio de las tardes,
en mi antiguo rosal una oropéndola,
un lirio en lo profundo de mis valles.

En el sitio mundano, un blanco día,
para hablarme de amor me visitaste;
el perfume sutil de tus caricias
aún flota en la glorieta de mi parque.

Y cada vez con más arraigo creo
que a este solar de cuitas terrenales,
para pedir mi mano, en otros tiempos,
desde las nubes allegóse un ángel.

TUMBA CHARRUA

Tiene el alma de mi patria la tristeza añoradora
de una estirpe que se agota, de una raza que se vá...
La legión semidesnuda de la flecha voladora
que seguía a los venados y templaba el maracá.

En la gruta enmarañada que entreteje oscura flora,
el cacique desterrado, piensa y mira a donde irá;
y al sentirse tan lejano, en la noche asoladora
vaga incierto en la creencia de que un día llegará.

Véense aún tras los guayabos las ruinosas poblaciones,
templos mudos y oratorios de jesuíticas misiones
que llevaron el madero de la cruz al Uruguay;

y el charrúa que ha alcanzado a caer en sus terrones,
por vez última recuerda el valor de los malones
y se duerme para siempre junto al Cristo de urunday.

VAGANCIA DE RECUERDOS

I

Bajo el rosado atardecer tramonto...
Retorno al bosque del amor; las abras
palpitan en el muro del follaje
cual abiertas ventanas;
llegan del interior ensombrecido
como del fondo de un harém, hiladas
canciones de pinares,
en un arrullo de salvajes arpas.
Y mientras voy hacia el plantío, pienso
que en esta tarde musical, las hadas
deben mecer sus espumosas vestes
en el delirio de una ardiente danza,
y conmover el manantial los cisnes
con los temblores de mil rosas blancas;
porque no es dado imaginar que duerman
los mismos muertos a estas horas lánguidas
sin un sueño de amor, bajo esos olmos
o al linde rumoroso de esas aguas.

II

Diviso el oquedal y me entristezco.
El pórtico de sombras azuladas
ha puesto entre mis labios un suspiro
y en mi pupila tétrica una lágrima.
La brisa me conduce, desde lejos,
las voces aromadas,
ya respiro el perfume de los mirtos,
ya sueño del laurel a la fragancia;
y escucho entre el latido del ramaje
las viejas confidencias añoradas.
Quejumbres del recuerdo que aun musitan
el lloro de una última palabra;
murmurios suspendidos que aun repiten

la larga despedida a la distancia,
como si allá, bajo el techumbre de hojas,
todas las impresiones se quedaran!

III

La senda que tan suave palidece
a la caricia de la bruma alada,
me hace pensar a tiempos, que me lleva
a un mundo de venturas ignoradas;
y llena de profundas timideces,
cada vez más nostálgica,
me interno entre los solos eucaliptos,
como una monja por un claustro de almas.

Ya Diana, en la tristura de su ensueño
me mira, a los ramajes asomada.
Recuérdame una novia enternecida
en la hora nupcial, mística y blanca,
aguardando las dulces bendiciones
entre el sedante pliegue de sus gasas.
Se han nevado las curvas del camino,
como aludes de plata
en las hojas palpita tembloroso
el lloro de su nítida mirada;
y deshebrando las copiosas trenzas,
así, como una hermosa circasiana,
en cada hueco donde hay sombra, pone
un azahar que de su nimbo arranca.

III

Duermen las codornices, se han dormido
mis candorosas garzas
y mis palomas lúgubres, aquellas
que subidas al hombro, me besaban,
se han postrado en su nido; hoy no me buscan
mis inquietas hermanas...
Pero me aguarda el perro todavía;
sobre la senda pálida
me ha sentido llegar

y se adelanta.
¡Cómo aulla a mi lado! Si parece
que en un gemido histérico me hablara
de todas las venturas que dormitan
en el profundo nicho de estas plantas.
Y se pierde en las curvas, y retorna
del interior, con la cabeza baja...
Hay aromas de tardes desmayantes
allá en el fondo azul de las acacias,
visiones de pasado que sorprenden
la vuelta solitaria
del corazón salvaje, que llorando
mis penas, al recuerdo me acompaña.

La música que viene desde el monte
es cada vez más lúgubre y más larga.
El viento que no duerme con la noche
aún en la sombra sus tristuras canta.
Y con cuanto dolor doblo el recodo
y prosigo la marcha.
Más allá, más allá, ¡siempre más lejos!
soledad, soledad ¡más solitaria!

Ya costeo los troncos milenarios,
ya me besan las ramas;
voy olvidando el mundo ¡más olvido!
voy dejando la vida ¡más distancia!
Y ora a soñar, espíritu errabundo,
por las bóvedas largas,
a batallar profundo pensamiento
con las cenizas de la gloria helada;
y a llorar corazón todo el pasado
en la quejosa tumba de las plantas,
¿te acuerdas del Amor? Aquí se ha muerto.
¡Oremos por su alma!

NOCHE DE BRUJAS

Hay tormenta. Siniestras repercusiones
trae el viento que viene de los sauzales.
Gritos, ayes, suspiros, evocaciones,
lamentos de arboledas y de juncales.

Son hiladas, extensas murmuraciones
que las brisas repiten en los umbrales,
conque acaban de helarse las ilusiones
que confinan el sueño de los mortales.

A intervalos advierten gritos aislados,
la nocturna visita que a los bañados
hace el buho, saliendo de su aislamiento.

Y a su anuncio de muerte, mézclanse aciagos,
los aullidos del perro, fúnebres, vagos,
a la puerta sombría de mi aposento.

ESCLAVITUD

Amor, que nuevamente me has vencido
cuando más lejos de creer estaba,
que el corazón tan hondamente herido
nunca del todo su pasión sangraba.

Amor, que nuevamente has conseguido
cruzarme con la flecha de tu aljaba,
cuando menos hubiera presentido
que tu recuerdo mi mansión rondaba.

Amor, benigno o cruel, que me sacudes
rompiendo una vez más estos aludes
con que mi vida su ilusión enerva ;

aunque seas de nuevo mi asesino,
ven, alfombra de rosas el camino
y mátame después ¡yo soy tu sierva!

NO ME DEJES MORIR... MATAME, ¡MUERTE!

Córtame siendo rosa todavía,
no esperes el anémico derrumbe.
Del rosal de la vida
quiero ser arrancada con perfume.

Quiero caer con juventud y anhelos,
aun ilusionada;
¿por qué esperar la consunción del tiempo
cuando se vá el capullo en hojarasca?

Quiero sentir el repentino arranque
en la hora balsámica del sueño...
Con la pasión en llamarada, helarme.
Petrificar mis labios con el beso.

Y encarnando el Amor, quedarme inerme
frente a la Eternidad inconcebible.
Córtame en plena floración, ¡oh Muerte!
no dejes que marchite;

¡TU NO SABES!

Si supieras, tierno amigo,
como aullaban los cipreses en los fúnebres tapiales,
cuando fuí a llevar mis lirios al recinto del recuerdo
la otra tarde...
Y qué triste estaba todo,
y qué solas y desnudas las desiertas diagonales!...
Tú no sabes, pobre amigo,
tú no sabes;
y es mejor que no lo sepas
¡son momentos imborrables!

Lloros de hojas me seguían
a través de los pinares,
y sentí por un momento tanto frío sobre el alma
en aquellas soledades,
que creí que caminaba
palpitando en un cadáver;
que llevaba una mortaja
sobre el palio de la capa a las ráfagas flotantes.
Tú no sabes, pobre hermano,
tú no sabes
de estas horas peregrinas,
y es mejor que no lo sepas, ¡son recuerdos inmortales!

Corría el viento en las callejas.
Por las bóvedas profundas iban voces terrenales.
¿Nunca oíste, caro amigo,
el llamado de los manes?
Esa queja de ultramundo
que abandona los plantíos y penetra en los umbrales
y hace un coro de gemidos
sobre el polvo de las huesas y los lirios palpitantes?
Cuando braman las cavernas
y lloviznan los ramajes?
¡Es mejor que no la escuches!

¡Es mejor que nunca sepas de esos tétricos llamares,
ni del frío de estas marchas,
ni del luto de estas tardes!

Así ví morir el día,
arrastrada por los cierzos a través de aquellas calles
donde duermen insensibles
las casuchas de la Muerte con sus lívidos portales.
Así ví correr la sombra
y en los túmulos sentarse,
y cernirse en los cipreses
y del brazo de las cruces a los féretros lanzarse,
cuando el ir de los cortejos
prolongaba en la alameda los pausados cabalgares,
porque muchos ;pero muchos! se han dormido
en los largos estertores de estas noches invernales...
Tú no sabes, pobre niño,
tú no sabes de esos ruidos, ni de aquellos tinieblares!

Y sentí dolor de irme,
cuando al linde de la verja se detuvo el postrer ángel
con su diestra hacia los cielos,
y nostálgicos y graves
los tañidos se alargaron sobre el mundo del reposo,
como un himno de salmodias, como un canto de piedad

...Y voló a la tapia un cuervo
arrastrado por sus alas tristemente musicales...

Parecióme en la penumbra que flotaban los sudarios
que surgían en las losas extenuados suspirares,
y hermanada a ese martirio
sentí pena de alejarme;
porque a veces en el mundo el dolor es un amigo,
y la muerte es una hermana tiernamente inseparable!

Pero el viento me impelía,
y en las nieblas nocturnales
ví morir una por una las visiones descarnadas
de las cruces impalpables,
cual pidiéndome la ausencia
que precisan sus arcanos en los místicos lugares,
porque deben tener citas bajo el cirio de los astros
los espíritus errantes.

...Y fué entonces que sentí todo el destierro
de los muertos insepultos que en la vida se debaten,
la obsesión de los que vuelven a sumirse en la existencia.
¡El suplicio del cadáver!

Tú, no sabes, pobre amigo,
tú no sabes
de los cánticos del bronce, de la voz de las campanas
cuando tocan funerales.
Ni del gesto de esas alas,
que cobijan los osares,
ni del sueño de esa noche
nunca más interrumpida bajo aquellos cipresales.

Tú lo ignoras,
y Dios quiera de que vivas ignorante
de esta mística llamada de los yertos camposantos,
de estos éxodos proscriptos, de estas tristes vaguedades.

¡Son desiertos infinitos,
es un frío inacabable!...



ALMA!

Era un bosque de armiño donde el sol se cuajaba
a través del ramaje, como una lluvia de oro.
Yo era la Sulamita, mi corazón el ánfora
y la fuente aquel lago que había hecho mi lloro.

Una vez, fatigado, me pediste del agua
que traía en el cántaro y al saber tus antojos
sin quererlo, oprimida, te dí a beber las lágrimas
caídas gota a gota del cielo de mis ojos.

Te fuiste cuando estaba más dorado el camino,
cantando un himno al mundo, dichoso, satisfecho;
sin saber que llevabas para siempre vertido
el duelo de mi vida en tu púbero pecho.

Aquella misma noche te hablaron mis latidos
en música de quejas, en largas sensaciones,
y al irisar de nuevo las lumbres el plantío
volviste por mis aguas, sediento de emociones.

Te ví cruzar el abra y llegar a la fuente
donde contarme el sueño tus amores querían.
Las gotas del rocío rodaban por tus sienes
y al tocarte la boca tus labios las bebían.

Aún me parece verte desde el menhir, a solas,
con la mirada triste recorrer el sendero,
y recojer el ánfora que te dejó mi sombra
cuando huyó en sus arcanos al sitio placentero.

EL OSCULO DE MI SOMBRA

Ya llora en el confín la estrella mía ;
aquella estrella tristemente hermosa
que embarga de inefable fantasía
mi pobre corazón cuando reposa.

La miro palpitar en lejanía,
como el oro de etérea mariposa
que sedienta de astral melancolía
fué a sondear el misterio de una rosa.

¡ Oh ! beso de mis noches argentadas,
suspiro de mi arrobó y mi tristeza
¡ cuánto diera por ir a tus ocasos ;

volar sobre tus nubes alunadas,
y estrecharte después, en la terneza,
cual su cabeza rubia entre mis brazos !



A. E. 1917

LOS CAMINOS

*Ah! la triste canción de los caminos,
cuando soplan los vientos y hace frío.*

Yo lo siento entre la bruma solitaria y enervante
de los tiempos que se han ido.
Oh! la queja de los vientos en las noches del invierno,
cuando cruzan los caminos...

Oh! las mustias añoranzas que, llorando lo pasado,
en las ramas han gemido.
La congoja entrecortada de las hojas que murieron
sobre el lago cristalino.

Los lamentos angustiosos que llegaban desde lejos...
La oración de los mendigos;
de los pobres olvidados, de los pobres que lloraban
por el hambre y por el frío.

Esa sombra solariega que cruzaba por las tardes
la alameda de eucaliptos,
la mirada dolorosa de aquel joven que moría
por un sueño consumido.

Ah! la mano levantada tras los cercos alejados.
¡El adiós de los amigos!
Las queridas remembranzas en los días lluviosos,
cuando tiemblan los plantíos.

El dormido camposanto con sus tétricos cipreses!
El quedar de los que han sido!
El hogar de nuestros padres con sus viejas madreselvas!
El recuerdo más divino!

El gorjeo rumoroso de los pájaros felices
en sus nidos guarecidos.
Oh! las vagas elegías de los soplos otoñales
en el polvo del camino...

La ventana somnolienta de la joven maestría
que murió por un olvido;
la carroza que llevaba su ataúd al cementerio
y era blanca como un lirio.

Ah! el antiguo camarada que partió un lejano día
de la aldea, pensativo.
El quejoso campanario que aún a muerto está tocando
sobre el pálido camino...

La visión de nuestra madre... de esa madre ya encorvada
que el Señor nos ha pedido,
y que tanto nos amaba... ¡La palabra enternecida
que muriéndose nos dijo!

Ah! la marcha negra y larga de los pobres olvidados,
de los vagos peregrinos.
La canción de los recuerdos en las noches del invierno,
cuando lloran los caminos...

ANSIEDAD MATINAL

Esta mañana llueve; las rosas de la tapia
tienen un lacrimoso temblor en la pupila;
ténue flotar de lágrimas
donde el azul de sombras para morir se asila.

He entreabierto anhelante el ventanal que anoche
cerrara cautelosa, sobre el jardín sedeño,
cuando como las flores
mis ojos comenzaban a concebir el sueño.

Y estoy posesionada de un infinito arrobó.
Toda humedad y aroma, toda quietud y encanto;
mi espíritu está solo
y en su interior comienza a destilarse el llanto.

Vendrás con esta lluvia que es color de tu vida,
violácea, mortecina y después transparente?
Con esta amante brisa
no tornará a dormirse sobre el rosal tu frente?

¿No vendrás con el viento perfumado y quejoso,
ya que en alas de quejas y perfumes te fuiste?
Este grave abandono
mucho tiene del alma que te hiciera tan triste.

Y yo pienso que vuelves con la lluvia y el viento...
Esta mañana en todo hay amor de tu vida;
y suspiro y te espero
como un canto de estrellas, entre el agua llovida.



EL RECODO DE LA MUERTE

Detrás del paredón los olmos surgen
lindando los jardines del convento;
es el único, tétrico camino
que lleva al más cercano cementerio.

Dá a ese recodo la ventana vieja
de mi sombrío, lúgubre aposento,
por donde miro, en las perdidas horas,
el largo desfilarse de los cortejos.

Siempre cunde un rumor sobre la calle
que rompe la quietud de tiempo en tiempo,
cuando anuncian los sordos cabalgares
el rodar pesaroso de los féretros.

Y casi a ras de la arboleda umbría,
las cruces se dibujan a lo lejos,
perpetuando el destino de los mundos
en el abismo de sus brazos negros.

¡Cómo me place en las ausencias frías
asilarme en mi cuarto solariego,
y esperar a que pasen esas sombras
con rumbo a la mansión de los recuerdos!

Embriagar de crespones mi mirada,
en la quietud sublime de aquel éxodo,
y quedarme pensando que es la Muerte
la hermana que nos da el último beso.

A veces, como un lirio tembloroso,
la carroza de ebúrneos terciopelos
cruza el recodo, como yo la he visto
cruzar con mi querube en otros tiempos.

Así se fué el hermano inolvidable,
solito, blanco, silencioso, ¡muerto!
¡Era la misma floración de alas,
era el mismo temblor de crisantemos!

¡Cuántos doblaron por allí, en la pausa
de esta tierra fatídica y el cielo!
¡Cuántos que en el olvido se quedaron,
aguardan en la curva los regresos!

Hasta en las tardes solas, vagabundo
suele pasar sobre la acera un perro
aullando largamente, desde el día
que emprendiera esa ruta el pordiosero...

¡Cómo me siento amiga de esas formas
que epílogan la vida en un misterio!
¡Cómo quisiera ser la que he caído,
cómo quisiera ser la que me ausento!

Y doblar el recodo solitario
en un frío crepúsculo de invierno,
cuando en los olmos del jardín, murmuran
el ¡adiós! más extático, los vientos.

IDEALIDAD

No más fe de nunca consumada espera ;
hoy, amando venga la crucifixión.
Salte en un latido toda la potencia
de mi corazón.

Quiero ser la planta que al brotar temprana
sus raíces quema, por abrir la flor ;
y quemar mi sangre, exhalando el alma
en rosas de amor.

¿Y a que la esperanza del mejor mañana
si hoy la vida puede sernos ya feliz ?
¿Qué importa que dando savia a la hojarasca
muera la raíz ?

No consiste el tiempo en pasar los años,
ni es haber vivido, cargar con la edad.
El minuto solo puede reportarnos
una eternidad.

Ilusión que triunfas, sé la bienvenida !
Nunca es prematuro tu humano sentir ;
ni la muerte daña, ¡si se ha amado un día
antes de morir !

ODA AL TRABAJO

¡A vosotros!, cuerpos grandes, cuerpos probos, cuer-
[pos fuertes,
consagrados noblemente a la vida del taller;
a vosotros mis laureles
y mis himnos de mujer.

Porvenir de las legiones, esperanza de los pueblos,
redentores en el culto del grandioso "Germinal",
Pelotón del "Laboremos"
pie latente del caudal;

¡A vosotros!, los humildes en las fábricas hundidos
en un día interminable de tarea y de labor;
multitud del sacrificio,
pedestal de "Genitor".

Caravana silenciosa del oscuro subterráneo,
de las vegas assoladas, de la bóveda glacial;
turba buena del salario
y el efímero jornal.

Brazos rústicos prestados a horadar en las montañas
el camino de Vulcano, por la onza para el pan;
Gladiadores de la vida, que en la lucha cotidiana
enfrentáis a vuestros pechos el escudo del afán.

Plebe dócil, plebe amante, mundo lúgubre y plebeyo,
hacendosa procreación,
obra azul del derrotero,
piedra "fundus" del torreón.

Plebe noble y resignada,
raíz fértil y engendrante de la digna humanidad;
soldadexca de la fragua,
corazón de la equidad.

Olvidados sacerdotes de las huertas abundantes,
incansable labrador
que consagras a la tierra los poderes de tu sangre,
como un émulo a la flor.

Abnegados campesinos
que eleváis en lejanía la más bíblica canción,
cuando veis en vuestros campos al amor de los estíos
las espigas en sazón.

Gris minero,
sombra húmeda y cautiva del presidio terrenal,
para quien está muy lejos
el calor vivificante de la llama sideral.

Para quien es siempre noche,
pero noche desolada ¡larga noche de inquietud!
transcurrida entre temores
y suplicios de ataúd.

Solitario navegante,
muda lágrima del mar
que transportas a la fría indiferencia de otros lares
el recuerdo venturoso de la patria y del hogar.

Morador de las cubiertas,
ala mártir del "adiós"
que desatas al acaso, la visión de tus miserias
y te vas, confiando en Dios.

Misioneros de la vida,
atalaya de la torre más profunda hacia la luz,
evangelio que difundes la más lógica doctrina,
incensario del alcázar, númen, cielo, lauro y cruz!

Promisión de Pan y Ceres,
eje humano que sostienes la mundana rotación,
sol copioso de las mieses,
floración

Templo de Eros, prez de Flora,
lumbre de Euros que presides el más límpido alboral,
fruto y gracia de Pomona,
voz del Fénix inmortal.

Proletaria muchedumbre,
ola inmensa del sudor,
iris magno de la nube,
astro ardiente que chispeas en la noche del dolor.

Subalterno populacho
que trasportas a los siglos la más justa religión,
con los yunques y el arado,
¡verdaderos auxiliares de la augusta elevación!

Con la cruz de vuestros brazos
erigida en los Jordanes de la triste pubertad;
nuevos Cristos que inspirásteis las iglesias del trabajo,
fomentando la hermandad.

Mundo obrero,
orientación,
gérmen, ritmo, pensamiento,
almas buenas que vivísteis en la eterna creación;

a vosotros, mis profetas,
mis sombríos, tristes sabios en la obra del vivir,
a vosotros mi oda inmensa
y mi arpegio de zafir!

A vosotros, esta mano que desprendo de las cuerdas.
esta mano fraternal;
recibidla con las vuestras,
las callosas, las oscuras, las del hálito vital.

Las sumisas y extenuadas
que respiran a cansancio. que respiran a bondad:
es la diestra de una hermana
que se extiende al sacro templo del Derecho y la Igualdad.

Y ora en último holocausto
a vosotros mi salmodia, mis laudes, mi ovación,
mis plegarias y mis cantos;
¡Pueblo amigo, a tí mi credo y mi clásico Sermón!

SUEÑOS DE AUSENCIA...

En el abra movable del bosque
detuviste el corcel. Sacro momento
en que a través del lánguido ramaje,
flotaba agonizando un sentimiento.

Conmoviendo en el agua su plumaje,
un ánade cruzaba el macilento
lago, donde el encanto del paisaje
dejaba desmayar su ensoñamiento.

Fué en las horas felices del olvido,
cuando lejos del mundo, conmovido
mi espíritu vivió sus expansiones.

Cuando al rumor de aquellos platanares,
tus largos y pausados cabalgares
llenaron de bondad mis ilusiones.

A cumplir esa cita postrimera
llegaste, ya al crepúsculo brumoso.
Yo te aguardaba en la cuitada espera
del adiós infalible y doloroso.

Al suspiro sensual de la palmera
me tendiste la mano, tembloroso...
¡Oh cuantas veces revivir quisiera
aquel instante tristemente hermoso!

Se embriagaba la noche en el paraje.
Un cuervo se perdió bajo el ramaje...
como yo a veces, al volver, me pierdo;

y labrando por siempre mi tristura,
a través de la pálida espesura,
tu sombra cabalgó como un recuerdo...

LAGRIMA ALADA

Cuando el voluble vestido de la tarde somnolienta
deja reposar sus pliegues sobre el monte de bambús
y en los valles silenciosos de las lomas misioneras
abandonando el desierto vá a guarecerse el ñandú.

En pos de los esterales, remontando campo afuera
la inmensidad claroscuro por donde muere la luz,
talvez a purgar la culpa de una lejana condena.
solo, proscripto, olvidado, se aleja el ñacurutú.

Triste pájaro que huyendo al corazón de la sierra
busca en los llanos abiertos la nostalgia del azul,
como si en esos momentos le intimaran las cavernas
con sus antros nebulosos de subterráneo ataúd;

lo encuentra el matrero errante que cruza al azar la
[selva,
cuando en la noche su sombra delata el vago isondú,
y a veces en el ocaso de su infinita tristeza
por la necrópolis vuela, horadando la quietud.

Visión entonces ¡tan mustia! que la soledad enferma.
al levantarse a las tumbas cercanas al Iguazú,
parece el alma doliente del guaraní que volviera
a evocar su dinastía desde el marco de una cruz.

CREPUSCULO URUGUAYO

Por el pálido desierto de las dunas flebilosas
resbalaba mi sandalia; iba lánguida hacia el mar.
Un jardín era el ocaso con sus nubes vaporosas,
y mis párpados dos alas con deseos de volar.

Hubo besos en la playa. De las olas espumosas
las canciones olvidadas escuché rememorar,
y un paréntesis antiguo que guardaba muchas cosas
se entreabrió sobre mi vida, en el alma del lugar.

Retornaron los arrobos de las tardes desmayadas
sobre aquellas cordilleras de las verdes marejadas,
a poner ante mis ojos el paisaje evocador.

Y al volver de aquel ensueño que cerraba el tiempo
cruzó llena de recuerdos, sobre el rosa del poniente,
perfilándose, la sombra del nocturno pescador.
[ausente,

ETEREA

Hombres-montañas que tocáis las nubes
con el fragor astral de vuestra idea ;
espíritus fugaces de la cumbre.

Torres venosas, sentimientos alas,
mirajes del latido, ojos estrellas,
cóndores del amor y la esperanza.

Almas espumas, corazones astros
que trazáis sobre el mundo larga estela.
Luz de los siglos, de los pueblos faros.

Mentes caudales, expresiones llamas,
cerebros hondos de la cima etérea
que palpitáis bajo la testa calva.

Frentes airadas, pensamientos fijos
de la impresión y la palabra férrea ;
heraldos de la ley y del destino.

Viajeros del cenit, sombras astrales
que abris del Imposible el muro-piedra,
como las rocas, al erugir los mares.

Hombres-montañas, corazones cráteres,
lamos del porvenir y de las eras,
cerebros soles, ánimas volcanes.

¡Pasad! que como ardiente estrellería
os váis dejando Vía láctea eterna
en la noche profunda de esta vida.

¡Pasad! visiones de las níveas barbas, .
hijos amantes de aquel Gran Profeta,
que en la prédica azul de la Montaña

cual nuevos Redentores os contemplo,
orientando la triste montonera
con la cruz inmortal de vuestro verbo

ERRABUNDA...

Proscripta, en el desierto de mi existencia vago.
Perdí la única senda que abríame el oasis,
y en una noche triste, cuando agosté mis ansias,
las últimas palmeras quedáronse sin dátiles.

Sacué de un solo trago la sed de mi garganta,
y se secó de un trago la fuente en que bebía,
y hoy que la fiebre abraza mi corazón, comprendo
que en un Sahara eterno se acabará mi vida.

Sepulta en el collado quedóse mi sandalia
cuando extravié mis pasos porque abarqué lo lejos,
y hoy con los pies heridos la marcha se eterniza,
y son las horas siglos con la amistad del miedo.

Estoy purgando un largo destierro sobre el mundo...
Cruento simún abate mis fuerzas postrimeras,
y sin hallar oriente, laboran cada día,
enterradores vientos, mi lápida de arena.

QUERIDA VAGUEDAD

Aléjate un instante, cara amiga,
déjame solitaria;
vuelvo por el solar de los que han sido,
al mundo de la sombra lapidaria.

Quiero ver si dormitan o conversan
sentados en las fosas,
si es la vieja ciudad deshabitada,
o hay aldabas que llaman a las losas.

Quiero ver si es verdad que a media noche
estas calles se animan,
y en blancas procesiones los espectros
por curvas misteriosas se aproximan.

Quiero ver si estos fúnebres cipreses
contagiados del asma
tosen, evaporando en sus alientos
la humareda veloz de algún fantasma.

Si es verdad que los cuervos solitarios,
con voces destempladas
se anuncian en los pálidos tapias,
clavando en los sepuleros sus miradas.

Si entonces de la mano, lentamente
por los caminos andan
los duendes, o estirados en los nichos
su ronca voz desde los fondos mandan.

¡Por Dios que noche negra! Tengo miedo
de seguir caminando.
Esa cruz con los brazos tan abiertos
estrecharme, tal vez, está esperando.

Pero todo está mudo. Es una farsa
que los sepulcros dejen
los manes, y en confusas caravanas
del callejón del túmulo se alejen.

Todos duermen callados; a lo lejos
solo un chasquido siento,
la hojarasca que gime lastimosa,
al latigazo histérico del viento.

Es tal vez la canción de aquellas almas
que la miseria olvida,
la plática profunda y cavernosa
de los que pueden criticar la vida.

Tengo ansias de morir, de huir con ellos
a las sombras vacías.
Dormir, como ellos duermen, largamente,
sin esta absurda interrupción de días.

Y verterme hecha polvo, grano a grano,
en la Nada sedienta,
excluyendo, por fin, de mi cadáver
la larga vida de esta muerte lenta.

ES...

Un crepúsculo lila de otoño. En las aceras
palpitan y se mueren las hojas postrimeras.

El frío ha congregado las nubes en el cielo;
una paloma tiende desde mi reja el vuelo.

Pienso mucho y me acuerdo de todos los ausentes...
Es la hora que vuelven del templo los creyentes.

No he salido esta tarde a los parques queridos,
y estoy como añorando sus montes y sus nidos.

En el recodo, implora, quejoso el pordiosero;
tiembla constantemente en su mano el sombrero.

Quizá, más que el mendrugo, que otra gracia mendiga!
la Muerte en ese trance, debe ser una amiga.

Teje junto a la estufa mi madre cariñosa,
de tiempo en tiempo a solas murmura alguna cosa;

y su breve murmurio, que casi siempre es queja,
en mi espíritu enfermo, como una sombra deja.

De las casas brumosas, a las desnudas veras,
va pasando el muchacho con sus vacas lecheras.

A trechos, pensativo, se apoya en el cayado.
¡Qué "Oración" para el alma de un pincel inspirado!

Viene a buscar el gato en mis faldas, abrigo.
Un recuerdo lejano está hablando conmigo,

y me embarga la crisis de una inmensa tristura.
cuando el viento penetra llorando en la juntura.

Anochece. La calle, sin querer, se ha enlutado.
Hay así, como un débil silencio de pasado...

Del camposanto vuelven los últimos entierros,
y se aleja el mendigo con su prole de perros.

Es...

Una noche fría de otoño. En mi memoria
todas las cosas viejas van formando una historia;

mientras en el santuario de la tiniebla espesa,
con los quejosos vientos mi alma se confiesa.

DESPEDIDA

¡Adiós! festín del mundo; mi sombra demacrada
te deja en el comienzo de tu palpitación;
me llama a la penumbra la noche desolada
y siento entre mis venas su propia convulsión.

La Vida, ante mi paso temblante, está abismada.
Después de tus umbrales me enerva la emoción:
me alejo tanteando la sombra de la Nada,
tropiezo con la ausencia, desmayo en la extinción.

Me voy, cuando prendían tus vastas arquerías
con fuego de los astros, las góticas bujías;
cuando la danza empieza, mi espíritu se vá...

Te dejo el triste sitio por nunca destinado,
las rosas no marchitas y el vaso no agotado
que el labio de otra vida sediento beberá.

EXCELSITUD

¡Sueña! No lo despiertes; era un ángel
y en un sueño de nubes se ha dormido;
necesita el arrobo de las tardes
para su intensa languidez de lirio.

Ha escalonado el cielo.
¡Este mundo era impropio a sus destinos!

¿Creítes, por ventura que era humano?
Oh, pobre corazón! y en tal creencia
tal vez llegaste a amarlo?
Las almas son amores de otra tierra,

y allá los himeneos
con música de trompas se celebran.

Y si es que lo has querido
como ángel, como aroma, como salmo,
porque ora que está mudo y que está frío,
porque ora que está blanco

le lloras con dolor desesperante?
¿La noche no es la novia de los astros?

¿No hay besos en las lumbres,
no tienen ceñimientos las estrellas?
Acaso no respiran los perfumes?
Acaso los silencios no conversan?

Si fué una religión la que sentiste,
ahora sé beato ¡al fin es ella!

Incienso, más incienso,
¿no ves sus espirales?
¡Qué santas son las manos de los templos,
qué eternas las plegarias de los cálices!

Acércate a las sombras estrelladas...
¿No ves sus ojos muertos?... ¡Acaban de mirarte!

Suspira. ¿No lo sientes?
al labio de los ecos se escapa su quejido.
¿No ves sus languideces?
desmaya con las hostias, los velos y los cirios.

Un canto se lo lleva... ¿No sabes su secreto?
Yo sé que te lo dijo;

hablándote de mirras,
de coros y de azules...
¿O acaso no entendías
aquel sublime idioma de lágrimas y cruces?

Sus frases eran de ámbar.
¿No sabes todavía de pláticas con nubes?

.

Repican las campanas. Es hora de respuestas:
ven ¡pobre corazón!, póstrate: Oremos.
Oremos por los ojos
que anoche concibieran la gloria de los sueños.

Oremos por las almas que vuelven al vacío.
¡Ora pro nobis ¡muerto!



POR QUE ME DESPERTE!

Lejos, muy lejos... y soñando iba
del brazo tuyo, por la vega aislada.
Solos los dos, desde un ocaso mismo
buscábamos sosiego en la distancia.

Sesgando el aire, hacia la opuesta orilla
cruzó un enjambre de palomas blancas,
y en el remanso del durmiente río
bañó sus plumas la sedosa garza.

Tú caminabas a mi lado, triste,
por el desierto claustro de las palmas
en cuyas arquerías sutilmente
el velo de la tarde se plegaba.

La brisa inquieta, en la sensible fronda,
esa su antigua cantilena alzaba.
¿Te acuerdas? — me dijiste — ¡es la de siempre!
—Nunca pude olvidar esta plegaria.

Y aquel poema del pasado extinto
cantó aunque lejos su ilusión cuitada,
en la memoria del recuerdo mutuo
como la voz de interrumpida pausa.

Desde el confín, en la siderea intriga
miró a los bosques la guardiana luna...
¡Cuánto te hubiera amado aquella noche
si no me hubiera despertado nunca!

LA PRINCESA EXTÁTICA

Se murió cuando amaba. Era una rosa
de esas que abaten los más leves vientos.
Triste y algo mimosa,
soñaba mucho y se enfermó del sueño.

De las sedas volubles, resaltaba
su figura marmórea. No era tísica,
pero siempre miraba...
miraba, ¡yo no sé lo que veía!

Y así se consumió. Su muerte lenta
tuvo arrobos de flor, quejas de ala:
la curva cenicienta
prolongó sus ojeras, quedó pálida:

y en los viejos castillos provenzales
aquella tarde de misterio antigua,
languidecieron todos los rosales
porque ella los miraba todavía.

¡OH! CIPRESES.

¿Qué sois? Decidme si enlutadas torres
de subterráneos templos;
nocturnos campanarios del Destino
donde palpita el invisible péndulo.

Decidme si sois forma de la Muerte,
figura del misterio,
pirámides palpables de la sombra
o materia del viento.

Os quiero conocer, árboles trágicos.
¡Músicos de los muertos!
Vuestra existencia rara se me antoja
la triste metamorfosis de un genio.

¿Os ha engendrado la ceniza humana?
¿Sois fruto de los huesos?
¿Regeneráis una ilusión oscura?
¿Dáis asilo a una idea en vuestros cuerpos?

¿Sois por ventura brazos insepultos
de airados esqueletos
que aún en la nada sienten
la atracción del espacio y de los tiempos?

No sé; pero unas veces os creyera
monjes, por el silencio;
manes, por el temblor y la tristura,
arcanos por lo negro.

Os adoro en mis cuitas, como una
blanda especie del sueño,
el pesar me sacude hacia vosotros
y cual divinidades os respeto.

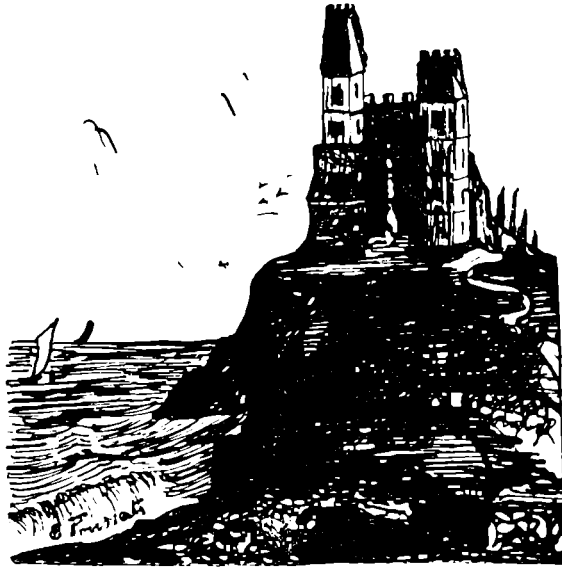
¿Qué sois entonces? Graves portadores
de inauditos secretos,
celebrando concilios en la esencia
de algún dogma supremo?

Substanciais la penumbra
de un pasado reflejo?
Vivís la luz de una impresión extinta,
o el lloro acaso de apagados ecos?

Yo no sé; más ¿qué instinto nos acerca?
¡Oh dolores congénitos!
¿Qué sois sinó materia de mi espíritu,
forma de mi tristeza y mi recuerdo!

¿Qué sois, sinó, la floración sombría
de mi extraño deseo!...
Arrancada a los túmulos del alma
soy un ciprés que anima el pensamiento.

La torre humana, que en las horas frías
anuncia un cementerio
de glorias mudas y esperanzas yertas,
con la campana triste de sus versos.



EL CASTILLO VIEJO

Mira al mar, como un antiguo pensador que cavilara del destino de los mundos el remoto fenecer; y parece que en los gestos expresivos de su cara cicatrizan las junturas los recuerdos del ayer.

Al amparo somnoliento de los muros adormidos desde ha tiempo hizo una bruja su aquelarre en el peñón, y se sienten por las noches lastimosos alaridos de los perros que costean el oscuro callejón.

Hay nogales que conservan los piafidos rechinantes del corcel nervioso y bravo, que aguardaba al mariscal en las citas religiosas de crepúsculos amantes, o en los claros plenilunios del idilio medioeval.

Y también bajo el techumbre del palmar estremecido que dialoga todavía con el viejo surtidor, hay murmurios que atestiguan de que aún vive en el [olvido el alado misionero de las noches del amor.

¡Cuántos sueños enervados a través de esas almenas!
Cuánto lloro de beata, cuando celo de varón
prolongado en el mutismo de las tétricas arenas,
como el canto misterioso de la gótica mansión.

Y quien sabe cuanto choque de desnudos espadines
en el aire electrizado, aún fantástico se vé,
cuando a duelo se convocan los difuntos paladines
y en las sombras se desmaya la duquesa de glasé.

Si parece que surgiera vaporosa de las linfas
una música de besos sobre el alma del jardín,
cual si el tiempo penetrando el secreto de las ninfas
arrancara a aquel pasado la tragedia de su fin.

En un éxodo proscrito fueron damas y juglares
olvidando aquellos parques de romántica quietud,
mas quien duda de que aun gima entre largos suspirares
la rapsodia entristecida de algún místico laúd.

Cuando apenas perceptible en la lánguida silueta,
sobre el marco solitario de algún alto ventanal
reaparece silenciosa, la adorada del poeta,
que murió en el cautiverio de la torre señorial.

LAS TUMBAS DE LA VIDA

I

¡Cómo se va todo en la tierra! ¡Cómo cambian las cosas de un momento a otro!

Siempre habité este sitio, y sin embargo nada de lo que estaba está a mi lado.

Todo se ha ido, y aún así se ausenta día a día lo poco que me queda.

Y siento que al olvido me destinan los exódos continuos de la vida.

Todo ha pasado, todo lo que tengo es sombra y es tristeza y es recuerdo.

Quisiera hablar con alguien, y ¡oh martirio! el labio al que interrogo ha enmudecido.

Llamo por una triste confidencia, y queda mi llamado sin respuesta.

¿Quién es aquí el intruso?
¿yo en él, o en mi alma el mundo?

II

No es una sola vez la que he nacido;
en las evoluciones del espíritu

se vé la luz un centenar de veces,
y otras tantas se pierde.

No es la nueva esperanza un nacimiento?
¿El desengaño cruel, no es un deceso?

¿No es una vida la ilusión que viene?
¿La dicha que se vá, no es una muerte?

¿No abre el amor su cuna?
¿No cierran los pasados una tumba?

Cuantas veces he muerto. ¡Dios del alma!
¿Y aún volveré a nacer? Esto me espanta.

Que deba ser a otro existir sensible,
soñar de nuevo y otra vez morirme;

en esta t́isis lenta
que nos dá tiempo de sentir la ausencia;

escupir los anhelos
y quedarnos helados de recuerdos...

III

¡Cómo se vá todo en la tierra! ¡Cómo
cambian las cosas de un momento a otro!

Cuanta distancia ignota recorrida
en el transcurso de unos breves días.

Sin haberlo querido,
cuanto andado ¡por Dios!, aunque cavio

no llego a comprender este misterio
de sentirme tan lejos

sin haber dado un paso solamente
de ese ayer a este hoy que me entristece.

¿Quién pudiera creer que soy la misma
que hace poco vivía?

Y si es así, ¿quién piensa
que estas horas entonces, son aquellas?

Una de dos aquí es desconocida,
una de dos mendiga;

o por mí la existencia,
o yo por ella.

Mas si no tiene corazón? Su entraña
es fofa como el agua;

ni conoce sentido...
¡Entonces el dolor debe ser mío!

Otra vez un pasado,
las reliquias del cofre, el beso largo;

La hojarasca que rueda... Amor que muere...
¡Si fuera para siempre!

LA ULTIMA MIRADA

¡Una vez más! Los ojos parecieron decir, en el temblor de la mirada, cuando llenos de anemia se volvieron al sitio de la dicha abandonada.

Cuánto bendito lloro contuvieron en el encuentro con la ruína amada: pobres pupilas que al amor se abrieron como dos alas a la sombra helada.

Nada cambiado había, solamente a los enfermos ojos del ausente todo debió tener color de olvidos...

Y pienso que en la noche de la Muerte con la impresión de aquel instante inerte, llorando al fin, quedáronse dormidos.

SALMO!

¡Revienta! vientre inmenso de la fecunda tierra,
mostrando a todas horas y siempre y por doquier
el fruto exuberante que tus entrañas crean.
Y más tendrás de madre y más serás mujer.

Arranca a borbotones el néctar de tu seno
en una vía láctea más ancha que la mar,
y engendrarás las razas y fundirás los pueblos
que de tu mismo polvo te harán resucitar.

Concede a las legiones tu inmarcesible cuerpo
en floración perpetua, labrando la equidad;
y al concebir tu sangre, hará que vuele al cielo
el himno victorioso de la fecundidad.

Y cuando el hombre vuelva de su misión mundana,
canosa la cabeza, rendido el corazón,
estréchalo en tus brazos con suavidad beata.
¡Tumba! por quien volvemos buscando protección.

Tú tienes cual María, de Dios, aunque procreas,
la bendición sublime de la virginidad.
Te absuelven de la culpa las honras de tus venas
y emana de tu vida eterna castidad.

EL RETO ASTRAL

El lago, que era el ramo de un búcaro de plata,
prestábase al poema de aquella serenata.

Hundía en las espumas su remo el gondolero,
y fingían las ondas los lirios de un florero;

Como en aquellas noches divinas de Venecia
surgían en la sombra las Piérides de Grecia:

y había en el ambiente tantísima frescura,
que hasta las flores muertas, volvieron a su albura.

Temblaban en las frondas suspiros de mujeres,
y tú, que eres romántico, me hablabas de querer.

Mientras el blanco cisne, bogando suavemente,
pasaba como un resto de nube en la corriente.

Recuerdas?. Como el ojo vigía del profundo,
llorosa nos miraba la luna vuelta al mundo.

Y aunque el amor flotaba sobre el bajel risueño,
y era la noche ansiada para vivir el sueño:

yo desprendí mis manos entre las tuyas, presa,
al encontrar el gesto de la mirada ésa.

La brisa jugadora pasó por el ramaje,
un hálito de frío estremeció el paisaje:

y adivinando acaso, lo que callaba empero,
pediste que apurara la marcha al gondolero...

¡OJOS ETERNOS!

Yo sería una estatua
fría, sola, insensible con mi cuerpo de mármol;
una diosa creada para estar entre plantas
como el ídolo blanco de un jardín mahometado.

Yo no hubiera nacido,
ni tendría una muerte
si aquí huyendo a la bruma de mi seno vacío,
si aquí bajo la nube de mi pálida frente;

dos serpientes de fuego
no tuvieran, intrusas, su profundo peñasco.
Si estos soles de anhelo
no sondearan la nieve de mi sér lapidario.

Yo sería una estatua,
un conjunto rocoso...
Tomo, Dios, toda el alma,
lleva tiempo mi vida, ¡mas dejadme los ojos!

-Quiero ser calavera
y mirar todavía
la posible humareda
de la tarde infinita.

Cuando quede en la cumbre de mi esfinge calcárea,
la incansable mirada.

CUANDO MURIO ESA TARDE

I

Quédate aquí; a mi lado, pensativo,
en el refugio de la aislada fronda,
do, interpelando al pensamiento mío
pueda contarte este dolor a solas.

Quédate aquí, tengo que hablar; escucha:
mientras el bosque azul se narcotiza,
y recogiendo su velada púrpura
se marcha el sol hacia la ausente vía;

te contaré todo hasta el fin... ¿Lo crees?
Quédate aquí si anhelas escucharme:
es lo que siempre las pupilas vierten
cuando se vive el corazón muy tarde.

II

Deja que arranque esta azucena mustia
que ha terminado de agostar mi seno;
como estas flores en la tierra hay muchas,
¡te evite Dios tan prematuro invierno!

¿No tiembla así el pasado cuando vuelve
en la mudez del pálido recuerdo?
Quédate aquí, hablaré, no te impacientes
voy a contarte todo, es que aún espero.

Espero aún a que la sombra llegue
y sienta frío sobre el alma. ¡Espera!
Sólo la noche y tú, si me comprendes,
pueden oír tan triste confidencia.

LAS IDAS...

¡Oh! aquellos caminos que no terminaban;
que iban... que iban... ¡yo no sé hasta cuando!
Polvorientos brazos que la vega abrazan
en el ceñimiento del confín lejano.

¡Oh! las arboledas de desiertos olmos
que tanto gimieron, que tanto deeían
con el viento amigo, que al mirarlos solos,
los besó en las hojas como en las pupilas.

La canción doliente de sus soledades,
el poema triste de sus plenilunios,
el recuerdo vago que flota en las tardes
por aquellas fajas que se van del mundo:...

¡Cuántas, cuántas veces me sentí gitana
y anhelé la vida de tanto bohemio,
o sobre la arena dejó mi sandalia
la huella proscripta de los misioneros!

De exóticas horas vivo enamorada
y soy una enferma de las vaguedades;
busco los olvidos, quiero las distancias;
¡ala que no pliega jamás sus plumajes!

Conocen mi sombra los recodos viejos
y en las horas vagas de noches oscuras
a lo largo pasan aullando los perros
aún en la creencia de que va la bruja.

EL EXODO DEL PAYADOR

Eran dos sombras unidas
en el confín azulado,
dos resurrecciones tristes,
dos recuerdos solitarios;
que se iban, que se iban
solos, mudos, abrazados...
Eran los últimos parias
de la estirpe de los ranchos.

Y el sol que amó las creaciones,
con un solo beso largo
a los nómadas queridos
despidió sobre el ocaso;
y las formas se extendieron,
y las formas se alargaron
en el dintel del olvido
que amortiguaba un pasado.

Ya no cruza los juncuales
el soñador de los campos,
partió en el destierro eterno
de un crepúsculo rosado;
la guitarra de los "tristes"
le siguió en el viaje trágico.
¡Tal vez al dintel del mundo
todas sus cuerdas sangraron!...

Y pareció que las nubes
al trovador se abrazaron,
y su sombra en los confines,
con la sombra del caballo,
formó un punto, un punto negro,
como un pájaro lejano
que volvió a su selva virgen,
lento, mudo, solitario...

GLORIA NATIVA

¡Vamos de aquí; volvamos, volvamos al desierto!
Este artificio humano, esta ciudad me enferma,
yo quiero mis pastores,
mis ríos, mis montañas, mis montes y mis vegas.

Quiero mis tardes largas,
¡de tan largas eternas!
Mis noches misteriosas, donde cada murmullo
tiene la voz cuitada de un íntimo poema.

Vamos de aquí, que siento la lúgubre añoranza
de aquellas majestades salvajes de la sierra,
que echo de menos todo lo que me fué querido
por la heredad paterna.

Las brisas portadoras de tétricos coloquios,
el olor agradable de la fecunda tierra,
el canto rudo y tierno de aquellos labradores
ricos en su pobreza.

Las casas, las casuchas blancas y silenciosas
de la tranquila aldea,
la vida de su vida
melancólica y buena.

Sus jóvenes, sus niños,
sus pálidas doncellas
de faldas recogidas
y caprichosas trenzas.

Hasta los mismos ramos
que en sus verjeles tiemblan,
las rosas rubicundas, los mirtos olorosos,
los azahares blancos con que las novias sueñan;

sólo las castas niñas de aquella patria mía
la tienen en sus verjas,
sólo allá están las flores, humildes, deliciosas,
que adornan los cabellos de aldeanas y princesas.

La voz de los ancianos, contentos, satisfechos
de toda su existencia,
que ríen y riendo
bajaron a las huesas.

Su paso fatigado, sus ojos lagrimeantes,
las canas de sus frentes ¡que tanto se respetan!
Los formas encorvadas que a la oración descenden
los pálidos senderos que cortan la ladera.

Paréceme aún mirarlos
cual lánguidos profetas,
que de la cima vuelven, después de haber oído
la buenaventuranza de aquella "Voz Suprema".

Las noches de aquel cielo que aduerme las campiñas;
sus cielos, sus estrellas,
el claro de los bosques en medio de la sombra
por donde va del astro la pálida silueta.

La música solemne de los nogales frescos
tocados por el viento, en medio de la selva.
El canto de los montes
do cada planta tiene el eco de mil cuerdas.

Mis llanos, mis montañas,
mis cumbres semietéreas,
los frívolos torrentes
que bajan salpicando las fértiles mesetas.

La fuente... ¡oh aquella fuente que del amor acalla
la historia más inmensa!

El beso resbalado al pie de su corriente,
la lágrima caída sobre sus aguas quietas.

Las núbiles muchachas
que van de tarde a ella
con cántaros sedientos posados sobre el hombro,
las hijas de mi pueblo, las nuevas nazarenas.

Volvamos que me siento
morir de la tristeza
lejos de aquellos ojos, lejos de aquellas risas
que mi camino oscuro sobre este mundo alientan.

La amiga, los hermanos,
el santo regocijo de las humildes fiestas,
el rostro tan querido
de aquella madre anciana, de aquella madre tierna.

Ni auroras, ni oraciones, ni amores, ni esperanzas
encontraremos nunca, como en la villa aquella
donde palpita el sueño
de la casita vieja.

Donde al empuje leve de aquel pasado eterno,
el corazón nos lleva, el corazón nos lleva,
la sangre nos arrastra,
el alma nos entrega.

Y las venturas pasan
en caravana luenga,
como el desfile mudo de todo lo que ha sido,
de todo lo que vive, de todo lo que queda!

Vamos de aquí; volvamos, volvamos al desierto!
Este artificio humano, esta ciudad me enferma,

yo quiero mis pastores,
mis ríos, mis montañas, mis bosques y mis vegas.

Yo quiero el sol inmenso
de mis mañanas buenas,
mis campos infinitos, donde con Dios converso,
cruzándome las manos y alzando la cabeza.



BUENOS AIRES COLONIAL

Ya no es ella — me decía melancólico el anciano — con su Fuerte y su Cabildo, la romántica ciudad; ya ni sombra de ella queda, pasó el tiempo y de su mano a los recios empellones, sucumbió la antigüedad.

Ya no existe la Alameda con sus pinos corpulentos, que el trotar de los caballos tantas veces conmovió; ni del Plata a las riberas llegan puros los lamentos del oleaje, que a lo lejos, para siempre se extingüió.

¿Qué más queda — dijo triste — para el hombre, que de morir cuando es extraño?, y sus lágrimas de abuelo corren solas... porque nadie sus pesares comprendió; [el consuelo

Cuando todo está muy lejos... cuando todo se ha [cambiado... ¡qué más queda que la muerte! — balbuceó el viejo [apenado, y una tarde de esas tardes del recuerdo, se murió.

ANHELOS DE UN CREPUSCULO LLUVIOSO

Tengo sed de una música tranquila,
de una música débil;
el murmurio lejano de una misa,
algún vals llorador que me recuerde!

Los suspiros de Schubert,
la queja de Chopín, todo enfermizo,
que venga como el canto de las nubes,
a través de los pinos.

Alguna serenata
suave, como un aroma de glicinas,
que lllore como el agua
en el retiro de las grutas lilas.

Un Nocturno de ensueños
flotante en el temblor de muchas cuerdas,
que llegue con el viento
del lado del jardín y las glorietas.

Tengo sed de una música muy triste;
alguna floración de notas íntimas...
Esta noche de paz quiero dormirme
bañada en armonía!

CAMINO DEL PASADO

¿Dónde voy? Ya muchas veces con pesar te he res-
[pondido.

¡Tú no crees mi respuesta!
Y me sigues por que temes que en las sombras me
o me agobien las tristezas [extravíe

Me has confiado que mi rostro
tiene síntomas de histeria;
que no quieres que me vaya
tan callada y solariega.
¡Y tú sabes mi camino,
y tú sabes lo que buscan estos ojos que se ausentan!
Tú no ignoras el destino de mis éxodos nocturnos
¡Estas horas de mutismo muchas cosas desentierran!

Voy en busca del recuerdo
para hablarlo en las tinieblas
que me aguardan y me quieren,
me dan frío, me sacuden, me reprenden y me besan.
Otros tienen en las noches
el placer de su existencia,
yo el santuario del Pasado donde rezo
con mis pobres azucenas.

No me sigas; quiero ir sola,
quiero ir sola a mis refugios. Yo no temo a las histerias
ni al suplicio de las sombras
ni a los vientos de la ruína que demuele la quimera.

Voy a alzar mi cruz de carne
sobre aquella polvareda.
Esas pobres ilusiones fueron vida de mi vida,
fueron sangre de mis venas!

INSOMNIO

Es media noche ; sin dormir, medito . . .
Cruza en mi mente negra procesión,
restos de cosas que jamás he escrito
por guardarlas, avara, en la intuición.

Hasta el lugar nostálgico que habito,
llega en la noche un lloro de acordeón,
y esa elegía en la que ya palpito,
acaba de roerme el corazón.

Todo es sombra en el lúgubre aposento ;
sombra el vacío, sombra el pensamiento,
la puerta, el muro, los recuerdos sombra.

Y al debatirme en el helado lecho,
paréceme escuchar, de trecho en trecho,
un labio de ultratumba que me nombra.

ANDINA

Huayra-Puca ha despertado. Siniestras murmuraciones anuncian desde los antros de la sierra su llegada. Filtra la voz de su pecho en los profundos cajones y huyendo a sus albedríos se dispersan las alpacas.

Estremecidas mesetas contemplan su marcha loca en los sanguíneos matices de la cabellera alada, y el cóndor que cuelga el nido en el cuello de una roca, maldice a la pasajera y deja quebrar sus alas.

Entre paredes enhiestas de granito ceniciento apresura su carrera, al sentirse aprisionada, y parece que al empuje de su brazo corpulento se van a horadar las grietas y a tumbarse las montañas.

Vieja bruja que hace siglos por las cavernas habita, y según diz la leyenda, cruel amazona riojana de tiempo en tiempo despierta para cumplir una cita que tiene con los satanes en la cruz de la quebrada.



EL REQUIEM DE LA PATRIA

En la flébil tiniebla de la noche profunda,
voy buscando una tierra, voy buscando una isla
donde dice la historia que se duerme la luna
porque en tiempos pasados la adoró una cautiva.

La rebelde melena que en la sombra sacudo
tiene el gesto soberbio de mi estirpe charrúa.
Yo venero esas selvas, yo venero esos juncos,
y me iré hasta la muerte por aquellas llanuras.

Cruzaré muchos montes, tras el rastro, si queda,
de esa planta, descalza; voltearé los guayabos;
deslizada en las rocas llegaré a las mesetas
y si braman los punas lucharé a sus zarpazos.

Al claror de otra aurora, en el éxodo mío
como el nómada eterno surgiré en sus colinas,
persiguiendo en la línea del postrado infinito
las fugaces visiones de mis formas amigas.

Salvaré la corriente en la añeja piragua
despertando en mi vuelo al azul camalote,
y al llegar a los toldos, con mi rústica aljaba,
fustigando a los brutos me uniré a los malones.

Yo seré el ¡reverteris! de esa vida salvaje.
Cantaré yaravíes, seguiré a los venados,
y en las abras del monte flecharé a los biguáes
cuando empiecen las nubes a rondar el ocaso:

Tras el hálito leve de una pálida estrella,
en las horas nocturnas buscaré a los carpinchos,
y llamando a las tríbus prenderé las hogueras
al alzar en los choques el primer alarido.

Con sollozos de ceibos y suspiros de palmas
templaré mi doliente maracá, en los boscajes,
y tendrá la cautiva, cual la hermosa sultana,
la canción rumorosa de las arpas y el dátil.

Seré ignota del hombre, pero amada en natura.
Me querrán aves vagas de plumajes extraños,
y después, cuando caiga, para hacerme la tumba
vendrán hojas y vientos persiguiendo mis rastros.

¡Evohé! tierra mía. En tus verdes lomadas
ha surgido un recuerdo, ha quedado un charrúa.
El espectro viviente de los mundos de talas,
que se abraza a los broncees de la estirpe desnuda.

Una momia que quiere rebelarse a los siglos.
Seculares ombúes, ¡evohé! muerta raza.
Ya se escurre una boa sobre el polvo mordido,
ya se yergue el cacique, ya se mueve la indiada.

.

Y yo soy una pobre peregrina terrena
que soñando este sueño sin descanso camino.
Un espíritu errante que nació en otras eras,
una sombra lejana que otro tiempo ha vivido.

LA SOMBRA

Como un claro de estrellas,
una noche, mi pálido vestido
argentaré la calle solariega
del claustro de los nichos.

Surgiré entre la sombra
como una andante estatua
que en su perpetua rigidez de roca
ha concebido un alma.

Los ojos solamente
animarán mis fantasmales pasos:
seré un soplo de luz en los cipreses,
sobre las sendas, un acento blanco.

Al enfrentar las tapias, un relieve
de la flotante bruma,
allá, en los pinos, una nube flébil,
aquí, sobre los túmulos, la lluvia.

Y quiera Dios que en el mortal contagio
a esperar esa fúnebre mañana,
de mi cuerpo de mármol
haya quedado solo una mirada!

HUMAREDA GRIS

Yo debí sentirme por toda la tierra;
en las ebriedades del momento aquel
debí ser profunda, debí ser inmensa
como un canto de alma, como un sol de fé.

La vida debióme ver como un suspiro
y sobre el instante de esa eternidad,
debí, sin saberlo, de vivir un siglo
de correr un mundo, de sondear un mar.

Yo, que soy del polvo grano imperceptible,
de la lluvia gota bebida, al caer,
hecha lampo y sombra toqué los confines,
hecha aroma y sueño penetré un edén.

La inquietud del orbe sacudió mi sangre,
concebí los astros y al sentir su luz,
recorrí imposibles, surqué infinidades
y bebiendo estrellas me embriagué de azul.

Yo era un incensario; mis pavesas de oro
ciñeron vacíos, llegaron a Dios.
¡Bendita la vida de un momento solo!
¡Bendita la Muerte después del Amor!

ELEVACION

Me he recogido aislada a este rincón de mundo.
semisalvaje y triste. ¡Cuánto he filosofado!
Ha concebido siglos mi idea en un segundo,
y a vuelo del instante la tierra he despoblado.

He vencido a la Muerte y las tumbas he abierto,
y al bañarme en la sombra de este amor visionario,
sin volverlo del sueño, he besado a mi muerto
que dormía en el nicho con su tul funerario.

¡Cuánto tiempo he fundido en mi mente abstraída!
he soñado el mañana, del ayer ví las huesas;
y quemando el recuerdo he esfumado mi vida
en un vuelo ascendente de doradas pavesas.

¿POR QUE?

La fiebre no ha pasado.
De nuevo he despertado
en medio de la sombra.
Me abaten los vampiros de tantos pensamientos;
y escucho entre las alas funéreas de los vientos
aquella antigua queja de miedo que me nombra.

¿Por qué me habrán mentido
las horas de aquel sueño que extática he dormido?
Por qué me han engañado
cerrándome los ojos con ansias de hipnotismo?
¿Si ahora, tras la calma, más hondo es el abismo
y tienen más anemia las brujas del Pasado!

Si tan funesto eras, responde, ¿a qué has venido?
Si fuiste tan piadoso, Amor, ¿por qué te has ido?
Yo nunca te he alejado, ni ansiaba conocerte;
Mas sé por tus acciones que es juego lo que ansías,
sino, para ahuyentarme del lloro de estos días
hubieras prolongado mi sueño hasta la Muerte...

La histeria no ha pasado. Mis ojos entreabiertos
extienden por la alcoba la vida de los muertos
en una pausa intensa de largos extravíos.
Por mundos no creados parece que me pierdo...
y a tiempos me imagino la momia de un recuerdo
flotante en los aludes de inertes atavíos.

PROSTERNACION

•

Dejad que sueñe! En mi desierta vida
no otra ventura terrenal anhelo,
que la de oír, flotando en lejanía,
la tétrica palabra del misterio.

Ya no podré arrancar a mi pupila
la languidez etérea de ese cielo;
Dios me la dió y en su quietud se inspira
la lumbre de mi vago pensamiento.

Ya no podré a la ensoñación divina
huir, si en ella mi latido encuentro;
que hasta feliz, tan joven moriría
para soñar, ¡si es que la Muerte es sueño!

Sublime beatitud que embebecida
vives la eternidad de mi silencio,
crepúsculo otoñal del alma mía
donde la triste juventud paseo.

Quién le dirá a esa fuente que no gima,
y a esa mirada astral que tanto quiero,
quién le dirá, cuando tan grande brilla,
que no alumbre la noche al universo?

Al canto eolio de la selva umbría
quién impondrá mutismo, si en su duelo,
mientras haya una hoja que palpita,
sobre esa hoja cantarán los vientos?

Y de este corazón que así suspira,
„quién llevará el profundo arrobamiento
si está en el vaso de su sangre misma
la ebúrnea rosa de mi amor latiendo?

Avida de beber adormecida
la exalación de mi dolor postrero,
me vertiré como la flor que expira
en la propia fragancia de su aliento.

Y en tanta evocación que me destina
a vivir en perpetuo alejamiento,
pasaré por la tierra sin sentirla,
como pasan las sombras de los sueños...

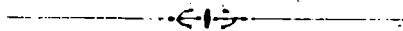


EL OCASO DE LAS SOMBRAS

El agua del arroyo parece histérica,
por largo tiempo anoche llovió en los sauces...
lloraron muchas nubes,
tosieron muchos truenos;
esta mañana había muchos esputos
de hética hojarasca
llenando de temblores las alamedas.
Está tísico el tiempo;
sus largas convulsiones
de viento le consumen; dá pena oírle
quejarse en el camino
después de los accesos de mal que tiene.
Ya ha contagiado al valle...
Los olmos adelgazan, palideciendo
las alas tramontaron;
todas las rosas sufren continua anemia,
de tarde se oye un canto de letanías
en toda la arboleda.
Otoño es un artista, pero está enfermo,
como Chopín se agota con la armonía
triste de sus violines,
como Chopín se muere
con las últimas notas de sus "nocturnos".
Otoño es un poeta que como Byron
musita epitalamios sobre las tumbas,
y hace rondales de oro para las muertas,
que son esposas de Hipnos.
Otoño es un bohemio
con faz de Cristo,
que eleva la doctrina de sus amores
junto a las cruces.
Otoño, el pobre otoño
es un músico ciego,
un asmático vate
de capa negra.

.

El agua del arroyo se petrifica ;
el arroyo está oscuro como una fosa.
La tarde tiene frío ; como ayer noche
las sombras me convidan a sus conciertos
en el pórtico viejo del camposanto.
Habrá ligeras danzas
de fuegos fatuos ;
aisladas humaredas
desde las torres mudas de los cipreses
desplegarán al viento sus velos claros,
cual chales de princesas
que sueñan asomadas a las ojivas.
Habrá rondas de buhòs...
Ya siento a su recuerdo crisis de histeria ;
los sauces me parecen muertos en fila,
la luna se me antoja la testa rubia
de alguna tísica...



INDICE

I N D I C E

	Pág.		Pág.
El libro	7	Amor	52
El canto de las sombras	8	Amalia	53
Cuando el pasado vuelva	9	El retrato de la abuela...	55
Has vuelto de la tumba		Mientras las nubes pasan	57
a la cita de amor	11	La cita de las almas....	58
La glorieta	12	Las rosas blancas	62
Agonia de alma	14	Heladas íntimas	63
Angela	15	De la aldea olvidada...	64
Rosas de invierno	18	Las flores no ofrendadas	66
Amor agreste.....	19	La visita del pasado....	67
Responso a una cabeza		La trama eterna	68
rubia	21	Horas sombrías	96
Impresión de tonos.....	22	Dolor de marchitez	72
Murmullos de mi quedad	24	Morir como mis indios..	73
Uruguay	26	Pensamiento... ..	74
La última vez	27	Luz de abismo	75
Ocaso misionero... ..	29	Ratos de histeria	77
El amor de la princesita	30	Confidencias á Eleonor..	78
Sobre la costa	32	El exodo cercano	80
El patio de la novia ...	33	Memorias tristes.....	81
Los eucaliptos.....	34	Siempre más allá.....	86
Romántica extinción....	36	La ausente ilusión	87
Fatalidad	37	Lluvia de aromos	88
Hiedres de mi tierra	38	La canción de las nubes	89
Tardío retorno.....	40	Besos de luna	
Beatitud	41	El divino dolor.....	92
Santos lugares.....	42	Desilusión.. ..	93
La carroza blanca	46	El concierto de la playa	94
Absence.....	48	Delirio azul	96
El adiós de una estirpe.	49	Campos Eliseos	97
Oriental	50	Nocturno de Abril... ..	98
Salomé	51	¡Reverteris !.....	100

I N D I C E

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Resurrección	101	Sueños de ausencia.....	148
¡Sacra reliquia!.....	103	Lágrima alada.....	149
Vespertina	104	Crepúsculo Uruguayo....	150
Suburbio amigo... ..	105	Eterea	151
Horas profundas.....	106	Errabunda	152
El nuevo lirio.....	107	Querida vaguedad	153
Agonía de amor.....	108	Es	155
Pastoril.....	109	Despedida.....	157
Alba Serrana	110	Excelsitud.....	158
El paseo de las musas..	111	Por que me desperte! ..	160
Ocaso invernal.....	114	La Princesa extática....	161
Beato azul!	115	¡Oh! Cipreses... ..	162
Nazarena	117	El castillo viejo	164
El pino fantasma.....	118	Las tumbas de la vida..	166
Y después de esa tarde...	119	La última mirada	169
El buho	121	Salmo!	170
Del pasado	122	El reto astral	171
La voz de mi sentir....	123	¡Ojos eternos!	172
Languidez Oriental.....	124	Cuando murió esa tarde.	173
La celeste promesa.	126	Las idas.....	174
Tumba charrua	127	El exodo del payador... ..	175
Vagancia de recuerdos..	128	Gloria nativa.....	176
Noche de brujas	131	Buenos Aires colonial ..	180
Esclavitud	132	Anhelos de un crepúscu-	
No me dejes morir....		lo lluvioso..	181
matame, ¡muerta!.....	133	Camino del pasado.....	182
¡Tu no sabes!	134	Insomnio	183
Alma	137	Andina	184
El ósculo de mi sombra.	138	El Requiem de la Patria	185
Los caminos.....	139	La sombra.....	187
Ansiedad matinal.....	141	Humareda gris	188
El recodo de la muerte...	142	Elevación.....	189
Idealidad	144	¿Por qué?	190
Oda al trabajo.....	145	Prosternación	191
		El ocaso de las sombras	193

